

## CAPÍTULOS GRATUITOS

### Desvestir al ángel

Eleanor Rigby

#### Prólogo

La gente aún se extrañaba cuando veía unos pies tan pequeños en una mujer más alta que la media. Pero es que Mio no entraba en esa media. No entraba en ninguna media en general, porque las rompía solo subiéndoselas por las piernas a tirones, y cuando salía a la calle con los vestidos a pelo. De esto se quejaba su piel sensible, a los cambios de temperatura, un padecimiento que sufrían todas las partes de su cuerpo, excepto esos minúsculos y ridículos pinreles. Siempre los tenía calientes.

Los pies de Mio habían pisado el suelo del infierno al corretear por el borde de la piscina en pleno verano, cuando los azulejos ardían. Estaban preparados para caminar por las losas de la cocina estando recién fregada. Adoraba hundirlos en la arena de la playa y sonreír porque le hacían cosquillas.

Desde luego que Mio sabía cómo torturarlos, y estos sabían cómo resistir. Por eso, el nuevo escenario no era nada nuevo ni especial para ellos.

Bailar una canción de La Oreja de Van Gogh sobre la barra de un bar no era una de sus actividades comunes. Mio nunca antes pidió a un camarero que pusiera a su grupo musical preferido, ni jamás se puso borracha como una cuba, ni mucho menos había pisado una mesa descalza... Pero en ese momento, tanto sus pies como ella, estuvieron de acuerdo en que podrían acostumbrarse.

—¡Súbete un poco la falda, guapa! —gritó uno de los cabezones que la admiraban de lejos.

Corrección: de lejos, no. Mio no era ninguna obra de arte que valorar a distancia, sino una principiante en eso del *striptease*. Su público se congregaba bajo la barra, tan cerca que se los podría comer; allí donde ella se contoneaba un poquito afectada.

Solo *un poquito*.

—¡P.J, ponle otra canción a la nena! ¡Una con la que nos pueda mover esas caderitas...!

—No, no, no... o bailo con esta, o no bailo con ninguna —se pronunció ella, meneando la cabeza coquetamente.

—¿Y qué te parecería bailar con esta? —exclamó uno de los observadores, metiéndose la mano en la bragueta. Todos rompieron a reír alrededor—. Venga, nena, ¿qué me dices...?

El tipo le rodeó el tobillo con la mano. Sonrió al ver que casi llegaba a abarcarlo entero. Sus dedos treparon por la pierna hasta rozarle uno de los muslos, en torno a los que se movía un fino vestido blanco que dejaba poco a la imaginación. El tanga rojo que llevaba debajo, no era ningún misterio para el grupo de caballeros. Ni para ellos, ni para nadie que se asomara a la ventana del *pub*.

—Qué buena estás, niña. ¿Cómo te llamas?

—Mio. Con «o», no con «a», ¿eh? —explicó. Para ayudarse, dibujó un gran círculo en el aire con los dedos. Se tambaleó un poco hacia delante al añadir—: Es un nombre japonés que significa «cereza bonita».

—Mm... No me extraña, porque vaya dos cerecitas tienes ahí debajo —rio el hombre. Enredó los dedos en la falda de la mujer, que seguía moviéndose al son de *Inmortal*—. P.J, sírvele otro par de bebidas a la señorita. Está perfecta para que me la lleve a casa.

—¿Que tú te la llevarás a casa, capullo...? ¿Quién ha sido el que te ha avisado de lo que estaba pasando aquí dentro? —se quejó otro—. Mia se viene conmigo. ¿A que sí, guapa?

El cerebro de Mio detectó la entonación interrogativa, que no el significado, y sonrió por inercia. Siendo justos, veía la realidad un poco distorsionada. Sus espectadores formaban un grupo bastante amplio: por lo menos contaba cuatro... que podrían ser ocho... O dieciséis... ¿O doce? Se le habían olvidado cómo iban los múltiplos de dos. ¿Cuando se iba borracho se veía doble o triple? Porque a lo mejor eran seis.

Aceptó el chupito que le ofreció el barman, y se lo bebió de un trago. Ella no hacía esas cosas. Solía ser seria, puntual, responsable. Por lo menos, a veces. Pero también solía aprobar sus exámenes, y el que determinaría si se graduaba oficialmente o no podría ejercer el Derecho, ese que había hecho hacía unas semanas, estaba suspenso. Suspenso. *Suspensísimo*.

Era una noche de estreno. Estrenaba vida de mierda, admiradores y tanga rojo. Y por lo visto, también estrenaba paranoia, porque el hombre que acababa de cruzar la puerta no podía ser Caleb Leighton, sino una alucinación.

Mio soltó una risita histérica y levantó los brazos para descender moviendo las caderas, como en la coreografía de *Bomba* que se aprendió para una exposición navideña en casa de sus abuelos. Los dos se escandalizaron con el King África; le preguntaron si no prefería tocar la pandereta y cantar sobre los peces que bebían en el río. Sus nuevos amigos, en cambio, rieron como críos y la animaron a menearse más. El vestido se levantó, y se pudo ver con claridad que su ropa interior estaba compuesta de encaje.

Uno de los tipos bufó y se pasó la mano por la cara.

—Nena... Me estás provocando. Sería mejor que te quitaras eso para no provocar un desmayo.

—Quitarme... ¿El qué?

Mio se arrodilló sobre la barra y apoyó las manos en los muslos de manera coqueta. El hombre no se contuvo y alargó el brazo para levantarle del todo la ridícula faldita. Sus intenciones eran seguir subiendo y rozar la fina tira lateral, pero una gran mano morena lo agarró por la muñeca a tiempo.

—Como la toques, te mato.

Los más cercanos a la voz dejaron de reírse y se giraron hacia el paisano. El desconocido que pretendía sobar a Mio, demoró en retirar su brazo. Si lo hizo fue solo para reclinarse hacia atrás y guiñarle un ojo a la chica. Esta no le miró de vuelta: la paranoia humana estaba más cerca, tan cerca que entre el alcohol y el sudor reconoció su ligero acento canadiense, y su olor a gel de baño, cedro y *aftershave*.

«¿Ahora los delirios vienen con perfume implementado?».

Mio se humedeció los labios e intentó enfocar la vista. No podía estar soñando. Ni sus sueños estaban a la altura del atractivo de Caleb, ni tampoco tendría el poco gusto de fantasear con que se mosqueaba con ella. Puestos a aprovechar la fantasía, lo visualizaría en bañador, sacudiéndose el pelo negro empapado... Pidiéndole que se quitara el tanga, o quitándoselo él...

Pero claramente estaba enfadado, como casi siempre que la cazaba haciendo algo que dejaba mucho que desear. Aunque, ¿quién decía que su comportamiento estuviera mal? Ella

¿sí que estaba mal. Al carajo sus sueños, al carajo su esperanza de parecerse un poco más a su hermana Aiko, al carajo su deseo de trabajar en el bufete de abogados de Caleb... Al carajo todo. ¡Mejor! Así tendría más tiempo libre para seguir torturándose con el hombre inalcanzable.

Pensar en él la debilitó. Caleb no tenía por qué estar allí. Era la última persona a la que quería ver allí. Hubiera preferido enfrentar el dulce abrazo de la muerte. Sí, quería morirse. Que se la comieran las hienas. No servía como abogada: su suspenso lo aseguraba. Y eso significaba que no servía para nada, porque no quería ser ninguna otra maldita cosa.

Miró a Caleb con seriedad y apoyó las manos en la barra, quedando a cuatro patas. Ni se dio cuenta de la sugerente postura, ni de lo inconveniente que era dada la compañía. Él la anulaba como mente pensante. Le derretía el cerebro, la condenaba a nadar en un charco de hormonas, hacía que le ardiera la piel sobre la que posaba sus ojos... Lo que se dijera en esos casos. Las gafas negras de pasta deberían restar fuerza a su mirada de jade, pero tenía el mismo doloroso impacto que una puñalada en el pecho. No lo veía bien a través de la neblina del colocón, pero sabía muy bien que escondía un tentador lunar justo en la comisura del ojo izquierdo, y un ejército escaso de pecas en los laterales de la nariz.

Su voz restalló como un látigo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? Baja de ahí ahora mismo y ponte el vestido en condiciones.

Mio frunció el ceño. ¿Había oído bien? ¿Le estaba dando órdenes? ¿Casi un año sin verlo, y lo primero que le decía era lo que debía o no debía hacer...?

«Bueno, Mio, lo primero que tú has hecho ha sido imaginarlo en bañador».

«¿Y qué pasa, subconsciente, se te ocurre algo mejor?».

«No, en realidad no».

—Mi vestido está en perfectas condiciones, le gusta cubrir lo justo y necesario.

Caleb levantó las cejas con esa ironía punzante que a veces le dolía.

De acuerdo, ese «a veces» era sustituto relativo de «siempre».

—¿De veras crees que está cubriendo algo? Te he dicho que bajas. ¿No te das cuenta de que te estás ridiculizando?

—¿Ridiculizando? —repitió, sintiendo cada una de las letras escupidas. Solo él podía hacer eso: partirla en dos con cualquier desprecio, por sutil que fuera—. Bájate tú de tu pedestal de superioridad, y ya de paso vete a la mierda. Yo estoy muy cómoda con mis nuevos amigos.

—Ya has oído a la señorita. Está de nuestro lado...

Caleb apoyó la mano en el hombro del que habló. Mio no apreció la fuerza con la que lo apretó, pero fue suficiente para que el tipo se doblara al lado.

—Cierra la jodida boca, ¿vale? —le animó con voz engañosamente dulce. Después levantó la barbilla para mirar a Mio, que acababa de ponerse de pie entre tambaleos. No estuvo preparada para su mirada directa, tan verde como la absenta que llevaba horas ingiriendo. Y mucho más letal—. No me hagas repetírtelo, Mio.

—Pelear de novios... Siempre igual —masculló uno—. Nunca falta el que viene a rescatar a la que no quiere ser rescatada. Mejor vamos por donde íbamos... ¿Vas a quitarte el tanga o no?

—Ni se te ocurra —amenazó Caleb, dando un paso hacia delante.

Mio lo retó con la mirada, mosqueada. Debió tener alguna significancia, porque su tensión muscular aflojó bajo la seria americana y probó de nuevo, esta vez con paciencia.

—Te estoy hablando en serio. Por favor, no me lo pongas difícil. Tengo mucho trabajo esta noche, no quiero pasarla peleando contigo.

—¿Y para qué has venido? —espetó ella a la defensiva—. ¿Cómo sabías dónde estaba?

—No lo sabía. He tenido que patearme todos los bares en diez kilómetros a la redonda. Llevo una hora buscándote.

Sonó tan cansado que ella se sintió una auténtica hidra. Con sus tres cabezas y todo. Luego recordó que nadie le había llamado, y que le acababa de soltar que era ridícula.

Se cruzó de brazos.

—Yo no te dije que vinieras a buscarme.

—Me lo dijo Aiko. Está preocupada por ti.

Ni medio litro de alcohol en el estómago pudo amortiguar el dolor. Por supuesto que se lo había dicho su hermana. Si Aiko no descolgaba el teléfono y entonaba sus *porfavores*, Mio podría aparecer al día siguiente en una cuneta; si no desmembrada, al menos desnuda. Por Caleb, como si la despedazaban los perros salvajes del sur de África. Le importaba una mierda cómo estuviera. Lo que sí le preocupaba era cómo se sintiera su amor platónico.

—Pues claro que te lo dijo ella. ¿Por qué iría Caleb Leighton a perder el tiempo conmigo, la ridícula y pesada hermana pequeña de su adorada Aiko?

Vio que entornaba los ojos, pero no le prestó ninguna atención y se dirigió a su público, que parecía muy entretenido con la escena. Recordó lo que su prima Otto le decía regularmente: «Regla número uno del *millenial*: haz de tus desgracias todo un circo para que al menos alguien saque provecho de ellas». Ambas eran las reinas haciendo locuras que enmascarasen sus desengaños.

—Si pensáis que esto es una pelea de novios, estáis muy equivocados. Este señor de aquí solo se preocupa por mí cuando su querida Aiko lo manda a rescatarme. Es su perro faldero. Le lamería las botitas si ella lo pidiese. Seguro que está cabreado porque le estoy quitando tiempo al lado de su adorada, perfecta y preciosa Kiko, que lo recibirá con una palmadita en la cabeza. —Alargó el brazo y le revolvió el pelo a Caleb como si fuese un perro—. ¡Misión cumplida! ¡Qué bien lo has hecho, *lassie*...!

Él la miraba con la mandíbula desencajada.

—¿Con qué te paga cuando vuelves? ¿Te da galletitas sin azúcar?

Por sus ojos verdes cruzó una sombra de decepción que ella no supo apreciar.

—¿Te deja dormir en su camita?

—Basta ya, Mio —cortó, furioso—. Tienes una edad para volcar tus frustraciones sobre los demás. Sea lo que sea que te haya salido mal, yo no soy tu saco de boxeo.

—¡Y yo no soy ningún saco de mierda para que me hagas sentir así con tu condescendencia!

—Deja de ponerte a la defensiva. Nadie está intentando hacerte sentir de ninguna manera, pero te estás buscando una buena haciendo gilipolleces de este estilo.

—¿Beber en un bar es hacer una gilipollez? Ah, claro, supongo que por eso todo el mundo es gilipollas menos tú. Tú eres el más responsable, centrado, inteligente y maduro del universo.

—Más maduro de lo que tú estás demostrando, desde luego. Respétate un poco y baja de ahí. No voy a decírtelo más.

—¿Me estás llamando inmadura?

—No le hagas ningún caso, cerecita —exclamó un tipo—. Aquí todos los encantos de tu personalidad van a ser muy bien valorados, empezando por lo que hay debajo de tu falda...

Caleb lo calló de una sola mirada fulminante.

—Si no cierras la boca...

Pero el que la cerró fue él mismo, cuando observó que Mio iba a concluir el desafío entregando una prenda. «Respétate un poco», le había dicho. ¿Qué clase de héroe denostaba y rompía el corazón a la princesa cuando iba a su rescate? Solo de pensar en la penosa idea que tenía de ella, se vino abajo. Y la única forma que se le ocurrió de elevarse, fue complaciendo a los que la estaban apoyando.

Se agachó para que los espectadores no vieran cómo metía los pulgares entre las tiras del tanga. Lejos de la constricción de sus caderas, permitió que descendiera lentamente por sus largas piernas. Aterrizó en los tobillos, aunque no permaneció ahí mucho tiempo. Mio tomó la pieza de tela y la levantó entre los dedos índice y pulgar, sacudiéndolo en las narices infladas de Caleb.

Uno de los tipos silbó.

—Chaval, ¿no ves que no es ninguna niñita para que la tengas que recoger antes de medianoche? Fíjate en las bragas que se pone... Eso solo lo lleva una mujer. ¿Por qué no las lanzas para ver quién las coge, nenita? Como los ramos de flores en las bodas.

Mio agradeció la idea con un guiño, mientras que el rincón de Caleb se iba oscureciendo cada vez más y más, como en los dibujos de anime. Le lanzó un último aviso, en formato mirada ojerosa: «no te atrevas a hacerlo, Mio». Pero ella se atrevió..., y tanto que se atrevió. Sacudió el tanga como un pañuelo rojo delante de un toro, como la mediadora en las carreras de motos ilegales, como las chicas del *round* en el boxeo, que se lucían con sus tops deportivos y sus paseítos en tacones.

Antes de que pudiera soplar para que cayera sobre alguno de sus *fans*, unos brazos la agarraron por las piernas. Mio se golpeó el estómago con un hombro muy duro. Sintió unos dedos en el trasero que intentaban cubrir su desnudez sin mucho éxito.

—¡Yo me follaba ese culo! —rió uno de ellos.

—Repite eso y te juro que te arranco la cabeza —retó su captor, temblando de furia. Mio sintió el pecho de Caleb vibrar contra los muslos, y enseguida, su propia rabia cortándole la respiración.

—¡¡Caleb!!

Le golpeó la espalda para afianzar sus órdenes, sin ningún éxito. Caleb la sacó del bar siguiendo la ley del mínimo esfuerzo. Ya imaginaba que a un tío de metro noventa y cinco no le supondría un gran sacrificio cargar con un saquito de huesos veinte centímetros más bajo, pero fue igualmente denigrante que no pudiera hacer nada para zafarse de él.

—¡¡Bájame ahora mismo!! ¡Capullo de mierda!! ¡¡Socorro!! ¡¡¡Soco...!!!

Abrió los ojos como platos al recibir un fuerte azote en el cachete. El golpe resonó entre las paredes de la calle como la correa de una fusta.

Mio descolgó la mandíbula, sin poder creérselo, y se quedó muy quieta mientras masticaba toda la rabia. El pequeño hijo de puta —que de pequeño no tenía nada, y en realidad, su madre tampoco tenía la culpa— la soltó como a un animal en medio de la acera, justo delante de su coche.

En cuanto se miraron a los ojos, Mio asimiló lo que había ocurrido.

—¿Me acabas de pegar?!

—Y te estrangularía si pudiera —juró en tono beligerante. Señaló la puerta del Audi—. Ahora cállate de una puta vez y métete en el coche.

Mio hizo un mohín que se columpiaba entre el puchero y la mueca de desdén.

—No pienso ir contigo a ninguna parte... No eres nadie para sacarme de una fiesta por orden de mi hermana y tratarme como si fuera tu plumero. Arranca tu carcasa de mierda y vete a tomar por culo. Yo me quedo. ¡Y no tienes derecho a enfadarte! —añadió, apuntándolo con el dedo.

Un músculo palpitó en la mejilla oscura de Caleb.

—¿Que no tengo derecho a enfadarme? ¡Tengo la *obligación* de enfadarme! ¿Es que no eres consciente de lo que ha salido por tu boca ahí dentro, o de lo que estabas a punto de hacer?

—¿Qué he dicho? ¿Acaso te jode la verdad? Claro que no —se respondió—. A ti te da igual lo que yo diga. Solo soy la hermana pequeña, la pesada, la que os perseguía y os copiaba, la que os molestaba cuando queríais daros besitos detrás de un árbol...

—¿Qué diablos tiene que ver nuestra infancia con tu afán suicida? Mira, no tengo tiempo para este circo. Sube al coche y no me calientes más la cabeza.

Mio abrió la boca para decir que podía meterse su glorioso e irrecuperable tiempo por el culo, cuando se fijó en que llevaba uniforme de trabajo. Traje sin corbata, gafas y ojeras de llevar horas dando vueltas al mismo caso. Estaba cansado y lo último que necesitaba era que ella se pusiera a gritar y rompiera a llorar en sus narices, pero había suspendido. Estaba suspensa y, para colmo, se había reencontrado con Caleb Leighton en términos lamentables después de casi un año.

No es que fuese simpático con ella. El noventa y nueve por ciento de las veces era cordial y distante. El uno restante se cabreaba tanto como esa noche. Hacía tiempo que Mio debería haber abandonado la esperanza de que le sonriera. O la abrazara. O tuvieran una conversación tranquila, sin exabruptos o tensiones. Pero era de esas chicas que vivían de sus sueños, y no podía dejar de fantasear con que un día la tratara como a Aiko.

Entre que en ese momento se sentía una fracasada, y que el mayor fracaso de su vida antes del Derecho se había presentado ante sus narices para humillarla, sentía que fuera a explotar. Era demasiado en una noche.

—Llevaba meses estudiando para el examen —confesó entre sollozos—. Aiko me dio todos sus trucos, me... me lo explicó todo cien veces, e incluso fui a la capital para asistir a una escuela de leyes que te preparaba el BAR... Y he suspendido. Me he quedado a un punto de la C, a un solo... Un solo punto.

Se abrazó a sí misma y escondió la nariz.

—¿No puedes dejar que me sienta mal a solas? ¿Que me regodee en mi miseria sin espectadores?

Los ojos de Caleb centellearon.

—No, no puedo dejarte. Nunca —espetó, con especial vehemencia. Mio no captó la ligera inclinación a la vulnerabilidad en su tono—. Y a mí me ha parecido ver a varios espectadores ahí dentro.

—Pero ellos no son tú.

—¿Te refieres a que yo no soy un predador sexual al acecho? ¿A que yo no te estaba pagando chupitos para violarte una vez cayeras desmayada? Porque en eso estamos de acuerdo.

Mio estaba demasiado sumida en su propia desesperación para entender lo que decía.

—Me refiero a que tú eres... eres perfecto.

Él se estremeció.

—¿Es ironía? ¿Lo dices por lo que he soltado antes sobre la madurez? Claro que no soy perfecto, joder. Estoy muy lejos de eso. Y si necesitabas consuelo, podrías haber ido a verme. —Vaciló y tragó saliva—. O a tu hermana.

—¡Claro que no! ¡Eres la última persona a la que acudiría!

Caleb desvió la mirada.

La odiaba tanto que no la podía ni ver.

—Ya sé que no soy el mejor consolando a nadie, pero esos capullos tampoco iban a hacerte sentir mejor, ¿sabes?

—No hablo de eso, sino... —Jadeó, llorosa—. Tú ya eres abogado, Cal. Siempre has tenido las mejores calificaciones, has sido el becario y *junior* estrella, y ahora diriges un bufete de renombre. Eres un triunfador, tanto tú como Aiko. No quería que ninguno de los dos me vierais así, ni que supierais que he fracasado. No he aprobado, no tengo nada. No es justo que hayas venido tú, porque no puedes entenderme.

—Repito que la maldita solución a tus problemas no es quitarte las bragas delante de un grupo de desconocidos. Se estaban frotando la polla mientras bailabas, Mio, por Dios. —Dio un paso errático y la cogió del brazo, por si el contacto resultara más efectivo a la hora de despertarla—. ¿Tienes idea de lo que podría haber pasado?

Mio levantó la barbilla y lo miró con los ojos tan abiertos como se lo permitía el sueño, la tristeza, la decepción... Y la esperanza. Nunca perdía la esperanza, jamás.

¿Era preocupación lo que había en su semblante, o seguía paranoica?

—Que no habrías venido a por mí y me habrías pasado otro año sin verte —probó, perdida en sí misma—. Te echo de menos, ¿sabes?

Lo sintió tensarse. Por un momento pareció que iba a responder, pero volvió a sellar los labios.

—Métete en el coche. No me gusta que estés medio desnuda en una acera.

Su rechazo radical al deseo de expresar cómo se sentía le hizo daño, y como hacía casi siempre, se disfrazó de energúmeno para protegerse.

—No estaría desnuda en medio de ninguna acera si no me hubieras sacado a rastras del bar.

Caleb se plantó delante de ella con solo un paso.

—¿Es que no me escuchas cuando hablo? ¡Estabas en medio de un grupo de violadores! —gritó, por fin perdiendo los nervios—. Si lo que buscabas era que te manosearan por turnos, yo mismo te meteré de nuevo ahí dentro, pero me decepcionaría mucho que eligieras esa opción. Pensaba que querías ser como tu hermana, no que planeabas convertirte en una imprudente moviéndole el culo en la cara a todo el mundo para llamar la atención.

*Zas.* O *casi zas.* Caleb debió haber visto venir la bofetada mucho antes de hacer su comentario, porque se retiró justo a tiempo. Estaba segura de que era un golpe merecido, pero él no lo dejó correr. La agarró por los hombros y tiró de ella hasta meterla en el asiento del copiloto. Mio se resistió a su empuje durante casi un minuto de reloj, lo que significaba que Caleb no se estaba esforzando demasiado; si él quisiera podría partirla el cuello con dos dedos, ni hablar de su facilidad para encerrarla en el Audi. De todos modos, lo consiguió, y bloqueó la puerta con las llaves del coche para que no escapara.

Mio contuvo el aliento durante los segundos que siguieron. No se atrevió a mirarlo. Si lo hacía, le apuñalaría con el aro del sujetador por insinuar que era una zorra. O le pediría perdón por haberse atrevido a pegarle. Ella, golpeando a Caleb Leighton... Bueno, en realidad lo hizo muchas veces cuando eran niños. Y no tan niños. Se había comido hostias como panes, el pobre. Tanto que Aiko tenía que ir a separarla. Pero esa vez era distinto.

Observó por el rabillo del ojo cómo arrancaba el motor y se remangaba la americana para empujar la palanca. Caleb la miró de soslayo, aún tenso, y pisó el acelerador. Utilizó un instante fugaz para echar un vistazo a Mio, que se sintió atrapada entre aquel abanico de pestañas negras. Intuyó un brillo especial en sus ojos.

—Se acabó —concluyó él. Mio notó el peso de una tela sobre las piernas; su tanga—. No pienso cuidar más de ti. Ni por orden de Aiko, ni por orden de nadie. ¿Quieres

comportarte como una suicida? Adelante. Ya no es mi deber aparecer en el último momento para ayudarte.

Mio se giró para encararlo con renovada energía negativa.

—Deja de actuar como si fueras un héroe y no pudiera vivir sin ti —resolvió, mucho más dolida que molesta—. No te necesito.

—Claro que no —gruñó—. Necesitas un jodido psiquiatra.

Pisó el acelerador de golpe, haciendo que Mio rebotara contra el respaldo.

—¿Por qué me tienes que tratar así?

—¿Es que no te das cuenta de que lo tuyo no es normal? —bramó él, sin despegar la vista de la carretera. Cambió a segunda como si la palanca le hubiera hecho algo—. No quiero hablar más. Esto se ha terminado. Me desentiendo de ti.

Mio se quedó helada. Se *desentendía*. Se desentendía de sus apariciones estelares en momentos de máxima tensión: únicas circunstancias en las que lo veía, aparte de reuniones familiares que se celebraban en fechas clave, como cumpleaños, aniversarios y fiestas nacionales. No me malinterpretéis: no es que Mio armara escándalos y arriesgara su integridad para que Caleb fuera a buscarla. Nunca lo molestaba adrede, ni lo haría sabiendo que ya lo ponía a rabiar sin querer. Imaginaba que, como pusiera todo su empeño en sacarlo de sus casillas, directamente le provocaría un infarto. Y no quería que Caleb Leighton se terminara.

Pero se acababa. Él lo había dicho.

Se acababa la escasa y triste relación que les unía, que, por escasa y triste que fuera, al menos le proporcionaba unas cuantas horas con él de vez en cuando. Y se acababa en cuando aparcase delante del edificio.

Nunca deseó con tantas fuerzas que un trayecto se hiciera eterno.

Estuvo repitiendo para sus adentros miles de rezos, suplicando no llegar nunca, hasta que el coche se paró. Se quedó quieta por costumbre. A él le gustaba rodear el vehículo para hacer el honor de ayudarla a salir, tan caballeroso como era cuando le apetecía. Pero es que, si hubiese querido contradecir su deseo, tampoco habría podido. Se había quedado atascada en el asiento. Y se quedaría en ese asiento para siempre, o por lo menos hasta que dijera que era una broma y todo estaba bien. El problema principal era que nunca hubo nada bien entre ellos, y que Caleb era más fuerte que ella. No le costó sacarla y guiarla al portal.

—No le digas a Aiko lo que ha pasado —acotó con voz queda, sin mirarla—. Yo no lo haré.

—¿Eso es en lo único que piensas, después de todo? ¿En no preocuparla?

A lo mejor no era el mejor momento para seguir buscándole las cosquillas.

—Buenas noches, Mio.

¿Buenas noches, Mio? Eso estaba por verse.

Ella se adelantó y lo inmovilizó con un abrazo torpe, que le envolvió desde la espalda. No le importó si parecía suplicar una disculpa o quedaba como una trastornada bipolar. Lo único que quería era que supiera que lo adoraba, a pesar de todo. Y él se estaba dejando, inmóvil como una estatua.

—No te enfades conmigo.

Lo sintió suspirando bajo sus manos temblorosas, entrelazadas sobre su pecho.

—No estoy enfadado.

—Pues decepcionado.

—Tampoco.



—Pues irritado. O molesto. O... Lo que sea. No te *decepcionesirritesmolestes* conmigo. Yo... y-yo... Tú sabes que lo siento.

—Sé que estás borracha, sensible y triste. Créeme, lo sé. Pero los demás también nos sentimos mal y no solo no nos dejas compadecerte, sino que nos atacas. Y... —Se quedó callado—. Da igual, Mio. Yo también lo siento, no te he tratado bien. Pero ya va. Se acabó.

La cogió de las manos para que lo soltara. Le costó un poco, pero al final lo consiguió.

—No puedo seguir así, ¿entiendes? —murmuraba—. Esto puede con mis nervios.

—Si es por lo que he dicho sobre perros falderos...

—No es por eso. Es porque te estás buscando la ruina constantemente y no puedo quedarme para verlo. Ni debo. No soy la persona paciente y comprensiva que necesitas, ni lo seré nunca. Tú me sacas de quicio y yo te hablo mal: llegará un momento en el que nos destruiremos del todo. De todos modos, no, no ayuda que me insultes.

Mio tragó saliva, intentando deshacer el nudo de la garganta.

—Cal, por favor... Y-yo solo lo he dicho p-porque estaba celosa —imploró, lagrimeando—. No te vayas así. Te he tratado regular por eso, porque yo solo... Quiero ser como ella, y... C-Cal, yo te quiero. Te quiero a ti.

Caleb se dio la vuelta y la miró de una forma que nunca le había visto. No como si se hubiera vuelto loca; esa era su expresión por antonomasia cuando ella estaba en su campo de visión. El cansancio existencial suavizaba su expresión, moldeándola hacia la peor de las resignaciones. Y no era una resignación indolora, porque se notaba que la situación le producía una tristeza infinita.

Lo vio negar con la cabeza sin dejar de mirarla con atención.

—No, Mio, no me quieres.

Lo aclaró con tal seguridad que Mio estuvo a punto de dudar de sus propios sentimientos. Ni se planteó rechazar su tesis, pese a su falta de argumentos. Así lo tuvo que ver dar la vuelta y volver al coche, como un resumen sin simbolismos de cómo perdía todo lo que quería y nunca tuvo. Todo lo que siempre escaparía de sus manos por no ser un poco más guapa, un poco más inteligente, un poco más responsable. Un poco más Aiko, a la que él nunca habría dado la espalda.

## Mayores de dieciocho

### 4

Caleb necesitaba paz para trabajar. No, no solo para trabajar, sino para alcanzar la perfección en su trabajo. Y con paz se entendía no tener que escuchar el *rock* manido que Jesse ponía en sus tiempos libres, gracias a la estrechez de las paredes. Si tuviera dinero que malgastar o tiempo que perder, se ocuparía de levantar un muro de cemento para escapar de la sordera de su amigo.

Pero eso no era todo. Estaba alerta por si Mio seguía teniendo la costumbre de entrar en habitaciones ajenas —o en ese caso, despachos— sin llamar. Había demostrado que sabía llamar a la puerta, cosa que no hacía cuando eran niños y les cortaba el rollo a Aiko y a él. Era un paso. Pero por si acaso, echaba vistazos rápidos. No quería que le pillara con la guardia baja.

Y después estaba, para colmo, la insistencia de Aiko en que le echara un ojo a los distintos diseños que había fichado para su vestido de novia. No era tan tonto como para pensar que no se daba cuenta de lo que estaba haciendo. O más bien, ella no era tan tonta como para negar lo evidente. Pero sabía que lo hacía por el bien de todos, que su móvil estaba ardiendo a causa de su voluminosa entrega de capturas de pantalla para ayudarle a superar lo que estaba por venir.

—*¿Cuál te gusta más?* —le preguntaba, al otro lado de la línea. Había repetido la misma pregunta alrededor de diez veces, solo que en distintas materias: flores, hoteles, destinos de luna de miel... Tanta insistencia había provocado que acabase por poner el manos libres—. *Ni siquiera les has echado un vistazo a los modelos, ¿verdad? Igual que has pasado del diseño de las invitaciones.*

—Me parece bastante estúpido e irónico que vengas a preguntarme a mí qué veo más apropiado para tu boda. ¿Por qué no recurres a tu novio? ¿O es que tiene demasiado *glamour* para patearse la ciudad yendo a ver a un par de organizadores de eventos?

Aiko suspiró.

—*Veo que no te pillo en un buen día.*

—No sé lo que son buenos días. Quiero trabajar y nadie me deja tranquilo. Por Dios, Kiko, esta tarde te voy a acompañar a comprar ese vestido de novia. ¿No puedes esperar? Ya te prestaré atención luego.

—*Pero quiero echarle un ojo a lo que tiene la tienda antes de aparecer por allí. Me preguntarán si voy con alguna idea, y... Lo siento, Cal. Es que estoy tan aburrida aquí todo el día... Marc no vuelve de trabajar hasta bien entrada la noche, no tengo perro al que pasear o con el que jugar, no puedo hacer ejercicio y ya he terminado todo el trabajo pendiente. Me siento como la estúpida mujer florero, necesito una distracción. A este paso acabaré buscándome un amante.*

Caleb se rio sin ganas.

—¿Y lo más apropiado para divertirme es llamarme a mí en horario de trabajo?

—*Pensé en molestar a Mio, pero no quiero entretenerla. Seguro que tiene muchas cosas que hacer.*

—Por lo que se ve, yo no las tengo, por eso has decidido entretenerme a mí.

—*Qué gruñón eres cuando quieres. Y sí, te entretengo a ti porque te lo puedes permitir. Con todas las horas que echas en el despacho, ya habrás acabado con cada una de las demandas del Estado de Florida. ¿Qué planeas, dejar a la competencia sin trabajo? Porque sé que planeas algo, Cal. Te conozco.*

Caleb cerró una de las carpetas con la que acababa de terminar, y se estiró para alcanzar otra. Todo con una sonrisa que habría revelado la verdad a Aiko si la hubiera visto.

Claro que planeaba algo. No, «algo» no... Planeaba el caso más importante de su vida, y Aiko no podía meter sus narices hasta que no lo tuviera todo preparado. Le diría que estaba loco y lo forzaría a abandonar. De hecho, ya sabía a qué argumentos recurriría. «Sí, Cal, eres muy buen abogado... De los mejores que conozco. Pero eso es porque sabes poner distancia entre los clientes y tú; no dejas que te afecten sus sentimientos. Ahora... Lo que quieres hacer te toca de manera directa. Es algo que podría hundirte».

—*Te estoy oyendo pensar. Y te estoy viendo sonreír como el capullo introvertido que eres.*

—Serás la primera en saberlo cuando esté listo para salir. Pero ahora me quedan algunas cosas que preparar.

—*¿Mio te está ayudando con el que quiera que sea tu plan?*

—Claro que no.

—*Has sonado como si te aterrara la idea. ¿Es que ha hecho algo malo? Sé sincero, por favor. ¿Cómo se está desarrollando?*

¿Que cómo se desenvolvía...? Pues por lo pronto, se había puesto una falda a la que podría acusar de estrangulamiento y provocación, y dado que cuando se ponía nerviosa se le subían los colores y nunca lo estuvo tanto, había tropezado con una cara de recién follada que le había sacudido el pantalón. Bueno, la que él suponía que sería su cara de recién follada. Ruborizada, un poco despeinada, y con los labios rojizos de tanto mordérselos...

—Al final de la tarde te haré un informe detallado de sus progresos. Pero no tienes por qué llamarme como una madre preocupada. Tiene una edad, Aiko. Y no, no ha trabajado antes, pero eso no significa que haya que sobreprotegerla. Sabes que cuidaré de ella si es necesario. Por lo pronto, no lo es.

—¿La cuidarás? ¿Vas a romper tu promesa del año pasado, esa de dejar de andar detrás de ella?

—Nunca he ido detrás de ella si no necesitaba que alguien lo hiciese —repuso, molesto—. Y no, no voy a romper ninguna promesa. Solo la cubriré si arma un escándalo para que no se le tiren encima. Hay muchas hienas por aquí, muy competitivas, ya lo sabes. Puedo salvarla de ellas, pero no de sí misma.

—Me dejas más tranquila. Gracias.

—Ni se dan. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Ajá, así que ahora me sacas conversación... ¿No decías que debería llamar a mi novio, o algo así?

—Deberías. Poner un anillo en el dedo de alguien significa aguantarle haga lo que haga. Y deberías aprovechar que estás infiltrada en la competencia para sabotearlo con toques cariñosos que bloqueen el flujo de llamadas a su bufete.

Aiko bufó.

—Tú eres la verdadera hiena aquí.

Caleb aulló al teléfono, burlón. Sonó más como un lobo, porque no sabía qué clase de ruido hacían las hienas, pero lo importante fue que Aiko captó la indirecta y le dejó seguir sumergiéndose en los documentos que llevaba semanas examinando.

Era consciente de que, si el tema no le tocara de cerca, habría acabado hacía mucho tiempo. Pero necesitaba que todo fuera perfecto. Más que de costumbre. Y para eso necesitaba un café solo, que estuvo a punto de convertir en un café acompañado cuando se cruzó a la atolondrada revolución de ojos rasgados, meneando la faldita con resultados similares a los del vaivén de un tornado.

Caleb no socializaba con sus compañeros. No era por ser elitista, que igualmente lo era un poco; solo le interesaba entablar una verdadera relación con los socios, los que partían el bacalao en la zona. Y poco tenía que ver con su preferencia hacia la gente inteligente y capaz. Tenía que ver con su introversión, su timidez, su nulo talento expresivo. Sabía que siendo el gerente nadie le llevaría la contraria ni le harían un desaire: ese era otro motivo por el que no se acercaba a nadie. No quería lameculos, como tampoco necesitaba amigos mientras tuviera a Aiko, así que estaba bien.

Esto significa que no se preocupaba de fijarse en los demás, pero aquel día fue un poco distinto. Empezando porque a Mio le sudaban mucho las manos, señal de que había vuelto a portarse mal, y siguiendo porque los juniors y secretarias no paraban de mirarlo de reojo, como si hubieran descubierto algo tórrido sobre él.

Debían ser imaginaciones suyas. Se había pasado la noche desvelado —otra vez—, y la falta de sueño le solía producir alucinaciones de vez en cuando. Fuera cual fuera la razón, le molestaba. Huyó de la incomodidad de estar siendo sometido a un escrutinio incomprensible y se retiró a su despacho.

Pasó el resto de la mañana tan ocupado con sus investigaciones que apenas tuvo tiempo para recordar que la tentación vivía —temporalmente, y no en el sentido literal— al lado. No quería ni pensar en la tarde que le esperaba acompañando a Aiko y a su hermana —porque Mio estaba obligada a ir como madrina— a por un vestido de novia. Despreciaba las bodas. Le traían muy malos recuerdos.

Cuando el reloj marcaba casi la hora de irse, la puerta se abrió de golpe. Caleb observó que Mio se colaba en el despacho con la respiración descontrolada, y echaba el pestillo para enfrentarlo casi asustada. Fue a preguntarle a qué se debía, pero ella lo interrumpió.

—Tengo que darte una mala noticia.

Las malas noticias de Mio variaban entre ponerse los calcetines del jueves un viernes cualquiera y haberse perdido el maratón de la última telenovela que estaba viendo, por eso no se preocupó.

—¿Los Lakers han perdido? —bromeó. Se puso de pie y rodeó la mesa muy despacio, arrepintiéndose de cada paso. Estar cerca de Mio era otra forma de tortura, pero la carne era débil—. ¿Qué es, pecosa?

Mio lo miró con los ojos llenos de arrepentimiento, como cuando rompió el mando de la *PlayStation* para el que Cal llevaba ahorrando una eternidad, o como cuando tuvo que reconocer haberse comido los cereales que Aiko I compraba para los días que él pasaba en su casa.

—¿Mio?

—Tienes que prometerme que no te vas a enfadar.

—No puedo predecir el futuro.

—*Porfi* —suplicó, haciendo una mueca—. Necesito tu juramento de abogado. Pon la mano sobre la Constitución, o lo que sea importante para ti.

Si lo que buscaba era un elemento sagrado al que no se le ocurriría traicionar, tendría todo el derecho a plantarle la mano en el culo y rezar un Padrenuestro.

«Céntrate, zorro», le dijo el diablo de su hombro, que tenía el aspecto de Jesse.

—No me enfadaré, palabrita de *Boy Scout*.

Mio se tranquilizó, aunque no lo suficiente. Examinó cada rincón del despacho, respirando como si fuera a hacer salto de trampolín y le dieran miedo las alturas.

—Verás, yo... Estaba yendo esta mañana al despacho de Aiko, justo al salir del tuyo... Bueno, iba por un café para terminar tus informes, y... Y llevaba tu camisa en la mano. O sea, la bolsa con la camisa. No sé dónde iba, ya no me acuerdo, pero pasaba por el baño y oí que dos mujeres hablaban de una tal Mía. Que no es... No es por ser egocéntrica, pero a no ser que haya una Mía por aquí relativamente nueva, con ropa patética y con una hermana llamada Aiko... Jo, eso sí que sería gracioso, descubrir que tengo otra hermana. Una gemela...

—Mio, ve al grano.

—Sí, sí, sí...

Se retorció las manos en el regazo.

—Pues que estaban hablando y decían algo sobre enchufes. En el sentido figurado, nada de instalaciones eléctricas... Se referían a mí, y, eh... Sé que esto es una tontería, debería darme igual lo que digan, pero entonces dijeron que era china y sabes que eso a las Sandoval no nos gusta nada de nada. Y también mencionaron que...

Tragó saliva y lo miró directamente, tan histérica que contagiaba la sudoración.

—Dijeron que tú nunca me tendrías aquí por interés propio y que era demasiado fea para que te interesara, y yo llevaba tu camisa encima...

—Me he perdido. ¿Dijeron que eras demasiado fea para el puesto?

—No, para el puesto no, sino para ti. Así que...

—Así que, ¿qué?

—Les mentí. Conté que nos acostamos juntos una vez. —Pausa arrepentida—. Estoy mintiendo otra vez. Una vez no, sino muchas. Como que... Te quedas a dormir conmigo casi todos los días. Y... Cuando solté la mentira, ellas me agarraron y les tuve que dar detalles. Me preguntaron un montón de cosas al respecto y no me pude callar.

Viendo que Caleb cerraba los ojos un segundo para asimilar la información, selló los labios. Primero tuvo que deshacerse de la imagen mental de él durmiendo en la cama de Mio. Después... En fin.

Después empezó el drama.

—A ver si he entendido bien. La gente que trabaja en el bufete cree que tenemos una especie de relación sexual porque querías demostrar que me pareces atractiva.

—También creen que eres muy activo en la cama, y que tienes... —Bajó la vista a su entrepierna—, un buen arsenal.

Caleb se quedó ojiplático. Sintió la cara arder, no sabía si de vergüenza, de rabia o porque Mio se humedecía los labios examinando su paquete.

Al hacer la gran pregunta, procuró deletrear cada palabra.

—¿Has hablado del tamaño de mi polla con personas de la firma?

Asintió con firmeza.

—¡Pero les dije que era grande! A ver, yo dije en mi inocencia que era grande. Ellas respondieron que dieciocho no era para tanto. Y si eso no es para tanto, ¿qué es grande? — balbució, contrariada—. A mí me parece una medida razonable, tampoco hace falta ser Rasputín.

Caleb se dio la vuelta y caminó hasta el escritorio para que Mio no viera cómo se esforzaba por no descojonarse allí mismo.

Durante un buen rato, ella estuvo defendiendo su tesis acerca de lo que consideraba el tamaño medio oficial de trabucos. La dejó a su aire, intentando mantener el control. Se decepcionaría muchísimo si llegara a soltar una carcajada.

Al final la pudo encarar de nuevo, serio. Tal y como merecían las circunstancias.

—Dime exactamente qué has dicho, palabra por palabra. Necesito saber a qué me enfrento.

—No dije nada malo —se defendió, con los ojos llorosos—. Pensé en cómo haces arroz a la cubana y me inventé una historia. Se supone que te gustan los lubricantes con sabor y que... Que te va todo, que no le haces ascos a ninguna... práctica sexual.

Qué coño, ¿acababa de decir del arroz a la cubana? Caleb estuvo a una maldita inspiración de echarse a llorar de la risa delante de una criatura que se esforzaba por no deshacerse en lágrimas. Una parte de él se sintió injusta y quiso pedirle disculpas, como si tuviera la culpa de que fuera magnífica inventando historias, pero otra...

Frunció el ceño y se acercó a ella, crispado.

—¿Te crees muy graciosa? ¿Tienes idea de lo que cuesta hacerte respetar, de lo difícil que es separar tu vida privada del trabajo y que nadie te conozca más allá de lo que haces en horario laboral? Me he partido la crisma llevando la discreción a otro nivel para que ninguno de mis compañeros supiera nada de mí que yo no quisiera, y ahora llegas tú y te inventas una historia de la nada. ¿Para qué? ¿Para que crean que estás aquí para alegrarme las vistas? ¿Para que te tomen menos en serio y se piensen que eres la amante del jefe? ¿Qué puñetas hay en tu cabeza, Mio? ¿A quién beneficia esto?

Mio se mordió el labio para contener el puchero.

—Es mejor que piensen que soy la amante del jefe que la patética hermana menor de la otra jefa. Por lo menos estaría aquí por méritos propios. Que, vale, no tendrían que ver con el derecho, pero evitaría que pensarán que me han dado el despacho de Aiko por pena.

—¿Estás de broma? ¿Prefieres que piensen que te lo han dado por ponerte de rodillas?

—Dijiste que no te ibas a enfadar —le reprochó.

—Y no estoy enfadado.

Era verdad, no lo estaba. Le faltaba muy poco para morir de la risa, y tenía que echarla de allí antes de que eso sucediera o le estaría dando carta blanca para hacer con su reputación lo que quisiera.

—Estoy furioso.

—Tu juramento incluía sinónimos. No podías estar *enfadado furioso cabreado molesto*.

—No puse mi firma en ninguna parte, y esto no va sobre mi reacción, sino sobre lo que has liado en tu maldito primer día trabajo. ¿No has pensado en la imagen que estás dando de mí? — espetó, irritado. Mio pegó la pared a la puerta, mirándolo espantada. «No cedas»—. El lema principal de esta firma es el trabajo duro, que es lo que conduce a la recompensa. Demostrar talento y responsabilidad, no ser la hermana o «follamiga» de nadie. Bastante me he jodido a mí mismo metiéndote aquí siendo quien eres, dando a entender que soy persona de favoritismos, para que ahora piensen que mezclo trabajo con placer.

Mio apretó los labios.

—Pero es que sí lo haces. Metes la polla donde tienes la olla. Sé que te acuestas con Julie, y es abogada aquí... Así que no me echas una bronca sobre principios o bufetes porque aquí tu verdadero problema es que es *a mí* a quien te tiras en el mundo ficticio. A lo mejor, si hubiese sido Aiko tu *amigovía* de cara al público, estarías dando palmas.

Aquello le sacó de quicio.

—¿De qué coño estás hablando?

—De que estás mosqueado porque te avergüenza que el mundo crea que te tiras a la hermana fea.

Caleb se rio de pura incredulidad. Tenía la polla como el canto de una piedra por la raja de su falda y se atrevía a decir que era la hermana fea.

—No hay ninguna hermana fea. Y créeme, no tendría problema en que el mundo entero supiera que follo contigo si me hiciese ilusión que se me conociera por mi falta de profesionalidad.

Observó que cambiaba de expresión de golpe. Le devolvió la mirada con las mejillas algo más coloradas, como si acabara de hacerle un cumplido.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que vaya a desmentirlo y quede fatal delante de tu secretaria? Ella también sabe que te acuestas con Julie. Afróntalo, Cal. Todo el mundo lo sabe todo.

—Incluso lo que no ha pasado, por lo visto —ironizó, irritado y también complacido por la presentación de sus garras—. La diferencia es que me haya acostado con Julie o no, no le he dado ningún privilegio en el bufete.

»No te debo ninguna explicación acerca de con quién ando, pero Julie fue cosa de una vez estando borrachos, y te aseguro que ella no ha ido difundiendo mis medidas por ahí. Encima, medidas erróneas —apostilló, sin poder resistirse.

Mío abrió los ojos con curiosidad, y Caleb supo que se quedaría con la parte del discurso que le interesaba.

Su cuerpo se calentó solo de pensar a dónde viraría la discusión.

—¿Menos de dieciocho? —preguntó en voz baja. Caleb abrió la boca para soltarle que no pensaba responder a eso, pero el instinto le traicionó haciéndole apoyar una mano sobre su hombro. Ella la miró de reojo con el pecho alzado—. ¿M-más?

Le costó mantener la sonrisa a raya, defraudando a su autocontrol, permitiendo que le sesgara un lado de la mejilla.

—Te has quedado un poco corta —confirmó en tono íntimo. Se fijó en su forma de tragar saliva; en cómo sus ojos se aclararon, tirando al castaño claro—. Y nunca he comprado lubricante. No lo suelen necesitar conmigo.

—¿No? —jadeó con voz estrangulada.

Caleb negó, muy pendiente de la sensual tensión que la cohibía. Pensó que no sería excederse jugar un poco con ella, que podría servir como castigo. Pero en realidad le daba igual lo que pensarán, y no quería usar excusas para tocarla.

Se columpió hacia delante y la admiró de arriba abajo. El celeste le quedaba bien, igual que la falda, aun estando arrugada. Los rotos de las medias le hacían querer meter los dedos allí para terminar de hacer el trabajo. La blusa intuía un escote que él ya se tenía estudiado. Mío no era de grandes pechos, pero Caleb tampoco era un adepto de las tetas, y aun y con eso le parecían perfectas.

Años y años sin mirarla directamente ni acercarse por si cometía un error, y ahí estaba él, saltándose sus normas para provocarla un poco. Y qué efecto tan sublime tuvo... Oía a Mío respirar con dificultad, la veía estirar y encoger los dedos de las manos. Sabía que le gustaba, ella demostraba estar muy pendiente de él, y su reacción al estar solos era reveladora.

Ah... Pero eso no era suficiente. Era un inconformista.

No le costaba trasladar su pequeña mentira a la imaginación y plantear esas noches de sexo que ella había descrito. Y definitivamente no le molestaba la historieta. Al contrario. Le complacía tanto que cargaba una semierección. Mio había pensado, aunque fuera por un segundo, en estar con él. Y por primera vez no lo hizo para parecerse a Aiko, o para demostrar que podía ser Aiko, sino para reivindicar su propia valía. Aunque le molestaba que tuviera que dársela incluyéndole en su vida sexual, no podía pensar en eso entonces.

En su cabeza solo estaban Mio y él, follando.

—¿Algo más que deba temer? —preguntó, mirándola a los ojos.

Si se inclinaba un poco más, la estaría besando. *Por fin*. Sonaba Jarabe de Palo de fondo: «por un beso de la flaca daría lo que fuera». Mio no era cuarenta kilos de salsa, pero sí cuarenta y cinco de inocente provocación.

—N-no. Solo añadí que te gustaba más que te complaciera a complacerme tú a mí, y por eso yo... Tomaba las riendas.

Solo un beso. Quería un beso suyo. Uno y se olvidaría, uno y dejaría de pensar en ella de aquel modo tan enfermizo. Sus labios suaves y tiernos. Su boca esponjosa. Su lengua resbaladiza enredada con la suya. Sus cuerpos apretados, rígidos, ansiosos. Tenía que besarla al menos una vez en la vida, solo para saber cómo se sentía cumplir un sueño.

Pero no podía. Ese no era el momento. No le robaría un beso cutre en su despacho, habiendo decenas de personas en los pasillos contiguos. Había riesgo de que los interrumpiesen, y mataría con sus propias manos al desgraciado que lo hiciera, yendo gustosamente a la cárcel después.

—¿Y es verdad? ¿Te gustaría tomar las riendas?

Mio lo miró a la cara sin miedo.

—No me importaría.

Caleb estuvo a punto de cerrar los ojos para saborear su tono seductor. No lo hacía adrede, no era ninguna seductora, y eso solo le daba más poder.

Chasqueó la lengua.

—Otro hueco en tu historia. Me gusta mucho más dar que recibir. Y no dejaría tomar las riendas a nadie. Soy demasiado... perfeccionista —explicó en voz baja—. Cuando quiero algo bien hecho, lo hago yo mismo.

—Puedo aceptarlo. O sea, quiero decir... *Podría* aceptarlo en mi... realidad paralela y utópica que nunca se va a cumplir.

—Utópica, claro.

—Porque solo era una mentira tonta, no es como si se fuera a cumplir ni nada...

Caleb se separó escondiendo una sonrisa. Claro que se iba a cumplir. Él nunca dejaba un negocio a medio cerrar, y sabía muy bien lo que esperaba de Mio. Llevaba años, casi dos décadas, esperando el momento para lanzarse al vacío. Tal y como funcionaban las acciones, dejaba correr el tiempo para que su valor bursátil aumentase, y así comprarlas cuando llegaran a su máximo beneficio en el mercado. Mio iba a ser la inversión de su vida, y eso tomaba un riesgo. Un riesgo que no correría hasta que los porcentajes de éxito no se disparasen. Había progresos; Mio cada vez mostraba más interés en él... Pero no sentía que ella estuviera preparada para darle todo lo que quería y necesitaba.

Eso no quitaba que no fuera a cumplirse. Lo había imaginado tantas veces que prácticamente era un hecho. Ya incluso parecía que la había tocado.

Un día lo haría de verdad. La besaría por fin, y todo sería malditamente perfecto.

—Como sea, ya son las cuatro —anunció, fingiendo arreglarse los puños de la camisa—. Aiko estará esperando en la tienda de novias, y sabes que no soporta la impuntualidad. Coge tus cosas, y procura no inventarte ninguna historia sórdida por el camino —añadió, haciéndola enrojecer antes de dar un portazo.

Podría haber sido peor. Podría haber dicho por ahí que era el amante de Aiko, o que estaba enamorado de Julie. De todas las posibles mentiras —y Caleb solía odiarlas todas—, aquella semipiadosa y escupida sin pensar a modo de defensa, era la única a la que le gustaría dar su toque de verdad.

Lo pensaba, y le regocijaba que lo empezaran a mirar sabiendo que tenía a Mio desnuda para él. Si no lo envidiaban antes —aunque no era algo que fuese buscando—, lo envidiarían a partir de entonces.

Hasta él se envidiaba a sí mismo.

En cuestiones personales —porque tratándose de profesionalidad, destacaba como la que más —, Aiko Sandoval tenía la misma capacidad resolutive que un ladrillo. Caleb llevaba siendo cómplice de su falta de decisión desde que tenía once años, y por eso sabía a lo que se enfrentaba cuando entraba en la tienda de novias. Había vaciado la vejiga y preparado un macuto con lecturas y *Aquarius* para entretenerse mientras transcurrían las setenta y dos horas que pasaría encerrado entre aquellas cuatro paredes, presenciando la asombrosa transformación de mujer a bestia sedienta de sangre que sufriría su amiga al no encontrar nada de su gusto. Así era ella, y había que quererla pese a todo.

—¿Qué tal tu primer día? —preguntó Aiko nada más se encontraron con ella.

Caleb casi respondió. También era su primer día.

Su primer día sufriendo el síndrome de la falda infernal.

—Lo ha hecho muy bien. Ha demostrado ser muy imaginativa y sociable.

Mio lo fulminó con la mirada. Ya hacía falta tener poca vergüenza para abrazarse a su hermana mayor como un koala y esperar de su parte que guardara silencio. Podía hacerlo. Caleb había inventado la institución del pico cerrado. Pero estaban hablando de Aiko, y a Aiko no se le ocultaba nada. Era imposible. Siempre se enteraba de todo, la muy bandida, así que acabaría descubriendo que, en apariencia, se estaba tirando a la Sandoval menor.

Caleb suspiró y echó un vistazo alrededor. No iba a dárselas de antihéroe y enemigo del romanticismo; sabía que existía el amor, le conmovían sus manifestaciones y él mismo lo sentía, pero estar rodeado de vestidos de novia y mujeres deseosas de probárselos era demasiado. Asistió a una sola boda en toda su vida, y recordarla era tan doloroso que le dejaba exhausto.

—Ya estamos todos, Florencia —anunció Aiko, después del interrogatorio en el que había incluido un «¿te lo has pasado bien?», como si Mio tuviera diez años. Dios, cómo le reventaba que la trataran como a una cría—. Podemos empezar a buscar.

Caleb hizo ademán de escabullirse y hacerse bolita en un sillón lejano, pero Aiko lo retuvo con el brazo.

—Tú no vas a ninguna parte. Te gusta lo mismo que a Marc, así que tu opinión es la más importante aquí.

¿Era necesario que se lo recordara con tan poco tacto? Ella se dio cuenta enseguida y puso cara de arrepentimiento. Caleb tuvo que disculparla. Tampoco iban a actuar eternamente como si no hubiera pasado nada entre ellos, ¿no? Mejor acostumbrarse a lo que ya fue y procurar normalizarlo hasta que dejara de escocer.

—No has sido de ayuda, así que he tenido que elegir cinco vestidos en lugar de los tres que pensé inicialmente.

—Genial, así acabaremos antes.



—¿Quién dice eso? A lo mejor me pruebo cada uno de los tres unas veinte veces —replicó con malicia—. Mío, ¿por qué no te das una vuelta por la tienda y echas un vistazo a los vestidos de dama de honor? Algo que creas que pueda gustarle a Otto y quedaros bien a ambas.

Mío asintió con las mismas ganas de probarse ropa que de hacerse el harakiri. Caleb lo veía en su cara. Estaba cansada después del día, y no era para menos. Le había dado tiempo a reinventar la vida sexual de ambos y a terminar los informes, que esperaba recibir como mínimo dos días después. Pero obedeció, como siempre que la orden venía de su hermana mayor.

Aiko le hizo una señal para que entrara al probador, donde habían colgado una serie de vestidos. Aquel sitio era tan grande como todo su salón, y no le extrañaba. Estaban en la mejor tienda de novias de Miami, a la que a veces acudían modistas y sastres de renombre para hacer trajes a medida.

—A tu novio no le importa gastarse el sueldo en un vestido que no vas a volver a ponerte, parece —comentó a mala idea. Se cruzó de brazos—. Bueno, tal vez sí que te lo pusieras otra vez, para otra boda. Con otro hombre. No puedo esperar a que llegue ese momento.

Aiko le dio una palmadita más fuerte de lo normal en el hombro.

—Ay, querido, qué haría yo sin ti —comentó con una sonrisa muy forzada—. Bájame la cremallera, haz el favor.

Caleb obedeció sin mucha emoción. Estaba delante de una de las mujeres más guapas que conocía, canónicamente hablando, y era muy consciente de ello. Cintura estrecha, culo perfecto, tetas proporcionadas y melena de revista. Aiko podría hacer un desnudo en *Vogue* y ridiculizar a las *top models* del momento. Él lo sabía bien porque la había visto desnuda más veces de las que podía recordar. Quizá por eso se podía decir que había nacido vacunado contra el interés sexual hacia ella. Ambos se aprovechaban de esto para no separarse ni para ir al baño.

—¿Te has quitado a Mío del medio por algo en especial? ¿O querías quedarte a solas conmigo, mi amor?

Aiko se rio y terminó de bajarse el pantalón, quedándose en ropa interior.

—Sí. Quiero hablar contigo, porque me ha dicho Marc que te llamó ayer y no se lo cogiste.

—No me digas que fue a trabajar con ojeras de haberse pasado toda la noche llorando por mí —se burló, apoyando el hombro en la pared—. Dile que, para el mal de amores, el *Jägermeister* va muy bien.

—Caleb, deja de comportarte como un estúpido y un envidioso —le espetó, poniendo los brazos en jarras—. Si me quieres tanto como afirmas, debes madurar y reconciliarte con él. Y te recuerdo que tú y yo tenemos una charla pendiente al respecto. Una que no dejas de esquivar.

—Kiko, ya soy uno de los padrinos de tu boda y voy a tu casa a almorzar sabiendo que está él. Hago todo lo que puedo. No me exijas más. Ese tipo no va a ser mi amigo nunca.

—Es porque no le das ninguna oportunidad. Cal, te conozco. Sé que no le echas la cruz a cualquiera, y ni mucho menos solo porque cometiera un error.

—La mierda que te hizo no me parece ningún error. No quiero ser un aguafiestas y soltarte esto a poco tiempo de la boda, y menos cuando te lo he repetido mil veces, pero no es bueno para ti. Es un cabronazo, y no vas a hacer que cambie de opinión.

—¿Quién está hablando aquí? ¿Tú, o tu orgullo herido? No lo puedes odiar de esa manera por haber manejado mal una relación que no te incluye. Y menos cuando solo se equivocó al principio.

—No es solo eso. Sabes que es mi archienemigo mucho antes de que coincidiérais. ¿O se te olvida por qué siempre dices que «me gusta lo mismo que a él? El muy cabrón me ha levantado a todas las tías cuando estábamos juntos en el bufete, y me ha destrozado en los juzgados... Por no mencionar que se acostó con la única mujer con la que me atreví a tener algo serio. No voy a sentarme a comer en su mesa y brindar por nuestra amistad cuando aún me acuerdo de su cara cuando los pillé.

Por fin lo había soltado. Toda la verdad sobre Marc Miranda, que destrozaba a Casanova en conquistas y dejaba en paños menores al más malo de los malos cuando se lo proponía. La reacción de Aiko no fue la esperada. Pensaba que conseguiría disuadirla de seguir adelante confesando la gran penuria de su vida, pero no. Ella solo lo miró sorprendida.

—Así que es eso. Lo odias porque fue el que se acostó con Diane, no solo porque sea mejor que tú en el trabajo —murmuró, con tono de haber descubierto la pólvora. *Con pólvora le gustaría a él hacer volar a su novio*—. ¿Por qué no me lo dijiste desde el primer momento? No me digas que es porque no querías hacerme daño. Lo que hiciste en los meses posteriores y sigues empeñándote en hacer después no es mucho mejor. Tus pullitas me han estado cansando.

Caleb relajó los hombros de un suspiro.

—Lo siento —dijo de corazón—. Al principio no quería condicionar tu opinión sobre él, y el *shock* no me dejó reaccionar. Cuando lo asimilé... Me puse un poco gilipollas, lo admito.

Puso los ojos en blanco al comprender el significado de su ceja alzada.

—Vale, me puse *my* gilipollas. Pero tú también tienes lo tuyo. Te tuvo que gustar el peor, el más inconveniente. Ya sabes que, si te hacen daño a ti, me lo hacen a mí. Alguien tiene que guardar rencor, y por lo visto las Sandoval no sois esas personas.

—Caleb —interrumpió suavemente—. Ha pasado un año desde lo que pasó entre nosotros. Ya no es ese hombre malvado. Yo lo he superado, él se ha perdonado a sí mismo... Tienes que pasar página, como todos.

—Sigue pareciéndome imbécil. Es algo que está en su ADN. Aunque no te hubiera hecho nada, y aunque no me hubiera hecho nada a mí... Es mejor abogado que yo, y eso me revienta —masculló con voz de niño pequeño—. Es increíble que hayas decidido casarte con el único hombre que me rompe las pelotas y me gana siempre.

Aiko se colocó bien el escote del primer vestido, y sonrió con la socarronería que le había contagiado su novio.

—Cariño, me caso con él por eso. Respecto a lo de Diane, creo que tenéis una conversación pendiente —añadió, con aire misterioso—. Es verdad que me costó mucho confiar en que mantendría los pantalones en su sitio, con esa cara y labia que se gasta, pero me demostró que era de fiar.

—Aiko, haría falta ser mucho más que gilipollas o mujeriego para ponerle los cuernos a alguien como tú. Por ejemplo, un suicida. Le avisé de que como te hiciera algo, le partiría la cabeza, y sabe que yo no soy tan elegante como él. No siempre creo en el arte de la conversación.

—Sí, suele recordármelo a menudo —rio, encantada—. Ya no tienes que protegerme de los hombres malos. He aprendido a contentarlos, y a enseñarles a contentarme a mí.

—Pues será la costumbre. Te he tenido que consolar demasiadas veces cuando eras adolescente, y te he cubierto cuando ibas a casa de alguno otras tantas. Joder, Aiko, entiéndeme. Me he pasado toda la vida haciéndole creer a tus padres que era el novio para que no estuvieran encima de ti, porque conociéndolos, te encerraban en una torre, para que ahora te cases con el peor de todos.

—Vamos, si no desmentías el mito de que éramos novios, era porque no querías decepcionar a mamá... Y lo sabes. Y porque si no, no había manera de explicar que durmiéramos en la misma cama. Salvo que fueras *gay*, y no queríamos que te endosaran al vecino, ¿verdad que no?

En el proceso de fingir un estremecimiento, Caleb se estremeció de veras. No tenía nada en contra de los hombres como compañeros de cama, aunque no le interesaran en absoluto, pero aquel vecino amigo de Aiko y Raúl era la criatura más horrenda que hubiera visto. Como decía Otto, «era tan feo que bebía de orinales». No dudaba que Aiko I, con su afán de casamentera, se lo habría endosado.

—No sabes cuánto me alegra saber todo esto —suspiró ella, apartándose el pelo de los hombros—. A veces te cabreabas tanto cuando me veías con Marc que dudaba y me he creía tu propia mentira, esa de estar locamente enamorado de mí.

Caleb la miró con una mueca de espanto.

—¿Estás de coña? Sabes que te quiero más que a mi propia vida, pero no te haría el boca a boca ni para resucitarte.

—Vaya, gracias —ironizó ella.

—Eres preciosa, no me necesitas para alimentar tu ego. Y al igual que a mí, no te va el incesto.

—Claro que no, pero es que no le encontraba explicación a que te mosqueara tanto la boda...

—¿No te parece suficiente saber que tendré que pasar la Navidad a su lado durante el resto de mi vida?

—Pobre Caleb Leighton... Qué cruel y desconsiderada es su mejor amiga Aiko —se burló. Le dio un golpe en el hombro con el puño cerrado—. Supera a Diane de una vez, machote.

—A mí Diane me importaba una mierda, solo fue un duro golpe a mi orgullo.

—¿Sabes? Estás sonando como Jesse cuando le dan calabazas. ¿Quién es el machista ahora?

—Marc —respondió Caleb, como si fuera una pregunta estúpida—. Y ese vestido te hace gorda.

—No, no me hace gorda porque no estoy gorda.

—Ya, solo te estaba molestando. Voy a hacer tu vida insostenible por encasquetarme a Mío y a Marc.

—Maravilloso. Puedes empezar yendo a por mi hermana y diciéndole que pase por aquí para ver qué tal me queda.

Caleb asintió. Pero antes de salir, lanzó una mirada divertida a su mejor amiga.

—¿De verdad pensabas que estaba enamorado de ti? —Negó con la cabeza—. Egocéntrica...

—¡Oye! ¡No tengo la culpa de que mandes señales contradictorias!

Caleb la dejó hablando sola. Lo pensó un momento antes de salir del probador, y casi se echó a reír. ¿Él, enamorado de Aiko? Era una de las cosas más surrealistas que había oído nunca. Por supuesto que llevaba años aguantando bromas, insinuaciones y sugerencias de aquel tipo. Todo el mundo —familiares, amigos, compañeros— estaba tan seguro de cuáles eran sus sentimientos que ni preguntaban, directamente lo daban por hecho: Caleb Leighton bebía los vientos por Aiko Sandoval, solo porque se desvivía por ella. Sin embargo, que la misma Aiko se lo hubiese planteado hizo que se diera cuenta de que quizás no era problema de los demás, que los veían hacer tan buena pareja que inventaban un romance para no aburrirse, sino suyo. Él daba a entender aquello queriéndola tanto.

Bueno, pues no pensaba cambiar de actitud, ni renunciar a lo que tenían. Aiko no era solo su mejor amiga, ni era solo su hermana. Era su alma gemela. Fue Aiko quien lo encontró en estado de *shock* por la precipitada muerte de sus padres y lo llevó a casa para tranquilizarlo. Quien, aun teniendo solo once años, le dio su espacio y aguardó en silencio hasta que pudo hablar.

Aiko siempre lo había entendido a un nivel para el que no existían las palabras. Por eso su relación era algo que nadie entendía, salvo ellos. Era lo fácil, suponía. Ver a un hombre y a una mujer tratándose con complicidad, dejándolo todo y a todos para verse en un mal momento, y asociarlo a un vínculo del tipo amoroso. Claro que era amor, pero nunca estuvo colado por ella, aunque no negaría que tenía todo lo necesario para que un hombre perdiera la cabeza. No era su caso. Desde el primer momento, desde la primera vez que lo cogió de la mano, fue Aiko. Su Aiko. Generosa, buena, paciente. Inteligente. Única. Ni su amiga, ni su novia, ni nada. Aiko y nada más. Y al carajo podían irse los que no creían en la amistad entre hombres y mujeres.

Por otro lado, la diosa de las piernas kilométricas que se probaba diademas y se examinaba en el espejo... Ella era otro cantar. Algo completamente distinto. Nada de tranquilidad, paz interna y empatía, nada de viajes al cielo, sino lo opuesto. Rabia. Nervios. Histeria. Impulsividad, frustración, locura. Viajes al centro de la tierra, donde se ahogaba en el fuego.

*Fuego.*

Aiko lo equilibraba, y Mio lo mataba muy despacio. De forma tan seductora, que él se dejaba ir. Aiko era la niña que lo cuidaba de lejos, sonreía con aprecio sincero cuando lo veía sufrir y lo abrazaba diciéndole «estoy aquí». Mio era la que nunca lo soltaba, la que lo perseguía por todas partes y quería que sus besos tontos le calaran en forma de «aunque no estás preparado para querer a nadie más porque acabas de perder todo lo que tenías, voy a obligarte a adorarme tanto, justo desde hoy, que vas a desear estar muerto». Fue duro para un huérfano de doce años hacerse dependiente de una niña veleta, caprichosa y que tenía amor para todos, sabiendo que un día dejaría de tenerlo para él.

Al igual que Caleb, Mio solo quería de verdad a alguien, y esa era Aiko.

Bueno, no. Él quería a alguien más. La quería a ella. La deseaba tanto que le dolía físicamente. Aiko le daba las herramientas que necesitaba para ser feliz, para no recordar lo que le faltaba, para encontrar la felicidad en la soledad, mientras que la dependencia a la figura de Mio suponía un pasaje directo a todo lo que Caleb odió haber sido, pasando de manos en manos porque nadie se ocupaba de él y alguien debía hacerlo. Aiko le ofrecía la mano para levantarse. Mio se sentaba a su lado y lo consolaba. Pero dejaría de hacerlo, como lo dejaba todo de lado... Tarde o temprano.

Aun así, no luchaba contra ese sentimiento y permitía que viviera en él. Dejaba que le inundase, como por ejemplo en ese momento, cuando Mio sacaba el móvil para hacerse una foto con una diadema plateada. Le sacaba la lengua al espejo, como en casi todas sus fotografías, y luego se la quitaba rápido por si alguien la había pillado.

Dulce. Espontánea. Divertida. Especial...

—Mio —llamó. Ella dio un respingo y escondió el móvil—. Aiko quiere que la veas.

Casi corrió hasta el probador, donde ya se había colocado Florencia para alabar el buen gusto de la clienta. Los pelotas le daban ganas de vomitar. Pero comprendió que no estaba siendo pelotera, porque Aiko subió a una pequeña tarima para exhibir el traje en todo su esplendor, y él por poco se meó encima. Más porque a Mio se le iluminó la cara que porque estuviera perfecta.

El amor de Mio no tenía precio. Caleb amaba eso de ella, entre todo el rechazo que sentía hacia su despreciable —pero también comprensible— deseo de convertirse en su hermana: que pese a haber pasado por comparaciones despectivas, escuchado comentarios mezquinos y aguantado los favoritismos de su familia, no albergaba una sola chispa de rencor hacia Aiko.

En realidad, Mio no quería ser como ella. La admiraba y quería, pero la copiaba por confundir deseos ajenos con los suyos, cuando lo único que quería de Kiko era su aprecio. Y eso ya lo tenía.

—Jo, eres la novia más guapa del universo —balbució, yendo hacia ella para abrazarla. Aiko sonrió muy emocionada—. Pero el vestido te hace gorda.

La Sandoval mayor soltó una carcajada y miró a Caleb dándole la razón.

«Tú ganas, bastardo».

Caleb hizo el gesto de quitarse el sombrero.

—He visto uno que podría quedarte bien. Espera aquí, que te lo traigo.

Siguió a Mio por curiosidad y, por qué no decirlo, también porque era un masoquista. Le encantaba torturarse con el movimiento coqueto de sus caderas al caminar. La vio estirarse para alcanzar una percha alta, y tirar, tirar y tirar para sacarla del enganche. Se aproximó para colaborar, pero en su línea de impaciente, acabó haciendo sonando un desgarró.

Pudo escuchar perfectamente lo que pensó: «Mierda, Mio, no puedes estarte quieta».

—¿En serio? —farfulló—. Pensaba que estas cosas solo pasaban en las películas de comedia... Ese vestido vale más que mi propia vida, ¿y se rasga si le doy un tirón? ¿Es que está hecho con papel de envolver?

—O a lo mejor es solo que eres una bruta.

Mio lo miró por primera vez desde que había salido del probador. Se la veía cansada, pero reconocía algo más detrás de todo eso. Quizá estaba... decepcionada, triste. ¿Por qué?

—Deja, cogeré el vestido y se lo llevaré a Aiko.

—¿Qué? ¿Para qué? Cal, me lo acabo de cargar —bufó en voz baja. Él reprimió una sonrisa. Le gustaba cuando lo llamaba así, joder. Le gustaba mucho.

—¿Se te olvida que siempre resuelvo tus marrones? No me subestimes, pecosa.

Sacó el vestido de la cremallera medio rota. Cubrió con la mano esa parte de manera que no se notase. Se lo alcanzó a Aiko, que lo revisó de un vistazo y se metió en el probador para salir con él puesto unos minutos después. Tal y como esperaba Caleb, no tardó en llamar a Florencia y notificarle que el vestido tenía un fallo y que debían coserlo, que un defecto de ese tipo en una tienda de alta costura podía salirles muy caro. Florencia le dio la razón en todo —ya hemos dicho que era difícil llevarle la contraria a Aiko— y desapareció en busca de la modista.

Aiko sonreía con cortesía hasta que se giró hacia ellos.

—Mio, como vuelvas a cargarte un vestido, te doy una paliza. Esto cuesta varios de mis sueldos.

—Pero solo uno de Marc —se defendió ella. Caleb desvió la mirada al techo para que no se notara que planeaba reírse—. Lo siento, ¿vale? No es mi culpa que pongan el plástico reciclado tan caro.

—Claro que no, nunca tienes culpa de nada —suspiró Aiko, yendo hacia el probador—. Cal, lleva a Mio a casa, por favor. He quedado en quince minutos con alguien y voy a ir andando.

—¿Con alguien? ¿Al final te has buscado ese amante?

Aiko sonrió misteriosa.

—Algo así.

Caleb ni se molestó en insistir. La última vez que estuvo persiguiéndola para que le contase qué se traía entre manos, se presentó diciendo que estaba coladita por Marc Miranda, y no pensaba volver a correr otro riesgo poniéndose pesado. Obedeció porque estaba cansado del día y debía volver a la oficina lo antes posible para culminar los pormenores de la introducción a su demanda.

—¿Has dejado el coche en el *parking* del bufete? —le preguntó a Mio, mientras buscaba las llaves en el bolsillo. Ella negó con la cabeza—. ¿Dónde lo tienes? ¿O es que no vienes en coche?

—No tengo el carnet.

Caleb se detuvo en seco.

—Las últimas veces que te he visto estabas estudiando para sacártelo.

—Lo suspendí cinco veces seguidas y... decidí darme por vencida —confesó, encogiéndose de hombros—. El coche no es lo mío. Ni la moto: la última vez que cogí la Vespa de Otto, me pasé dos semanas con el tobillo vendado. Y no tengo equilibrio para en bicicleta. Ni bicicleta.

Cinco veces seguidas. Bendito fuera Dios.

Mejor se reservaba la respuesta, porque no le gustaría y no se le ocurría otro modo de abordar el hecho de haber cateado el mismo número de veces que él había pasado la inspección técnica del Audi.

Se metió en el coche, y en cuanto lo hizo, le vino un *flashback* de la vez que tuvo que meter a Mio a la fuerza. Seguro que ella ya no se acordaba, pero le costó un mundo sentarla en el maldito asiento de copiloto, y más todavía ponerle el cinturón. Esa noche no solo fue horrible por lo que podría haber pasado, ni por el tremendo cabreo que agarró, sino por lo que le costó resistirse a ella. No era ningún maldito abusador, y antes se inmolaría que tocar a una borracha, pero cuando se inclinó entonces para protegerla con la banda sabiendo que no llevaba bragas... Estar cabreado le acentuaba la libido, y nunca ante lo estuvo de esa manera.

Carraspeó y subió el volumen del reproductor para concentrarse en algo que no fuera tangas rojos y lo difícil que le había resultado verlos en otras mujeres desde aquella noche. Los Beatles entonaban su *Eight Days A Week*. Le hizo gracia que fuera esa exactamente la que sonaba, y sonrió algo melancólico. No era la que más le recordaba a Mio: de Mio se había llevado la música española, gracias a su pasión por los grupos de la Península y los viajes que hacían en familia a Barcelona. Y

aunque sentía que todo encajaba con ella, eran las letras de IZAL las que parecían haber compuesto en su nombre. Pero cuando se estaba enamorado, todas las canciones empezaban a sonar por y para la misma persona.

*«Ain't got nothing but love, babe... Eight days a week».*

El viaje hasta la casa de Aiko no duraba ni quince minutos, pero Mio sabía exprimir cada segundo al máximo. Esa vez no logró sacarlo de quicio iniciando una discusión sobre por qué no podía quitarse los zapatos, sino mirándolo varias veces por el espejo retrovisor con cara de indecisión.

*Love you every day, girl  
Always on my mind  
One thing I can say, girl  
Love you all the time<sup>1</sup>*

—¿Estás enfadado? —le preguntó—. Por lo de hoy.

—No. Podrías haberlo hecho peor. Echándole cicuta a mi café, por ejemplo. O llegando a las manos discutiendo con Julie.

—¿Por qué te acostaste con Julie?

Captó la mirada de Mio a través el espejo. Era una pregunta estúpida, y a la vez, muy inteligente. ¿Por qué la gente se acostaba con otra gente? Por placer, generalmente. Pero a él no le aplicaba la norma. Sabía correrse, pero nunca se sentía del todo satisfecho, y con Julie no fue distinto... Aunque no era como si se acordase. Tenía muy borrosa esa noche. Solo recordaba que, antes de reunirse en el bar con la abogada, había estado en la universidad con Aiko haciéndole una visita a Mio, que presentaba muy orgullosa a su último novio. Un auténtico gilipollas.

—Quiero decir... Si tanto te importa tu imagen y separar una cosa de la otra...

—Fue un error. Como ya te he dicho, no se repitió, ni tampoco pienso hacerlo.

Apenas un par de rotondas después, Caleb estaba ralentizando la marcha para aparcar delante de la casa. Un viaje rápido, breve, pero igualmente tenso. Mio en su coche era la Mio del pasado año, la Mio semi desnuda, con el pelo aún largo y no tantas ganas de sufrir como de hacerlo sufrir a él con sus comentarios. Que ella lo acusara de estar enamorado de Aiko fue la gota que colmó el vaso. Llevaban años intentando dejar claro que no estaban juntos, pero suponía que a Mio le convenía creer lo contrario para no aceptar lo que era evidente. ¿O de veras lo pensaba? ¿Cómo de ciega estaría?

—Las secretarías no hablaron solo de mí —empezó Mio. Se quitó el cinturón y se giró hacia él, con una expresión solemne que le sentaba muy bien—. También dijeron que estabas encerrado en tu despacho para distraerte de todo el asunto de la boda. Aiko ha admitido que no te hace ilusión, y mamá confirmó que solo trabajas, y... Solo quería decirte que lo entiendo. —Hizo una pausa—. Entiendo que lo estés pasando mal. No me imagino lo duro que tiene que ser ver cómo el amor de tu vida se casa con otro hombre y no puedes hacer nada para que cambie de opinión. Por eso quiero que sepas que si alguna vez... Si alguna vez necesitas llorar, o solo desahogarte... —Se frotó las manos contra los muslos—. Estoy aquí. No soy la mejor dando consejos, ya lo sé, y soy la primera que necesita un psicólogo, Otto me lo repite mucho... Ella tiene uno y le va mejor, por lo menos no se inventa que se acuesta con su jefe. En fin... También sé que me guardas rencor por lo que pasó el año pasado, que no lo olvidas... Pero de verdad.

Sonrió un poco, deteniéndole el corazón.

—Llámame y yo estaré contigo, ¿vale?

Caleb abrió la boca para contestar, pero ella se lo prohibió impulsándose hacia delante y robándole un rápido beso en la mejilla. Salió del coche antes de que él pudiera reaccionar —y,

---

<sup>1</sup> Te quiero todos los días, chica; siempre en mi mente. Una cosa puedo decir, chica: te quiero todo el tiempo.

joder, fue lo más inteligente que podría haber hecho—, siguiendo precipitadamente el camino de piedrecitas del jardín costero que bordeaba el edificio. La perdió en el portal antes de parpadear una tercera vez, y no pudo sino preguntarse de qué acababa de huir.

Miró de reojo la guantera cerrada, y luego examinó el asiento que la chica había ocupado. Retuvo el aliento sin saber por qué, y esperó unos cuantos minutos aparcado hasta que recordó que la vida seguía cuando se separaba de Mio.

Aunque a veces no lo pareciera.

## Del cero al cien y del cien al cero

### 7

Cada día era más evidente que, con Mio Sandoval, iba del cero al cien y del cien al cero en cuestión de segundos. Otra cosa que también se presentaba con claridad y distinción, era que acabaría por volverse loco, si no lo estaba ya. Era algo que no se podía permitir, pero que sí se merecía por ceder a los deseos de Aiko.

Él sabía que Mio le daría problemas. Por eso saltó de la mesa durante la reunión familiar y casi suplicó de rodillas a la hermana mayor que se olvidara de ello. Ahora que había aceptado el reto, empezaba a padecer las consecuencias de tenerla tan cerca. De lo que llevaba intentando protegerse años y años.

Qué tortura. El destino había encontrado la forma de vengarse de él por todo lo que hizo mal en el pasado.

El día anterior, después de la segunda sesión del juicio, había despedido a Millstone con una resolución justa. Confiaba en ganar y eso hizo, y ahora, como tenían por costumbre los peces gordos, el tipo se estaba empecinando en invitarlo a él y a medio bufete a celebrar la victoria en el ático de uno de sus hoteles. Caleb no se sentía especialmente apegado a los agradecimientos de sus clientes, y su afinidad con los multimillonarios empezaba y acababa en cualquiera que fuese su necesidad legal, pero no olvidaba que, aunque su trabajo como abogado hubiera terminado, seguía estando a sus órdenes. A la mañana siguiente tuvo que hacer público entre los asociados que estaban invitados a un cóctel con el dueño de casi todas las empresas de turismo de Florida.

Caleb tenía las mismas ganas de pasar una velada perdiendo tiempo entre Martinis que de ducharse con ácido. No era tímido ni asocial, ni tampoco le costaba ser educado, pero tenía demasiadas cosas en las que pensar, y más ahora que Mio estaba en medio de su proyecto.

En cuanto alguien entró sin llamar en su despacho, supo de quién se trataba. Caleb guardó un suspiro para sus adentros y procuró no mirar directamente a Jesse, del que pensó que se libraría por un solo día. No estaba de humor con lo que se traía entre manos, y la jornada anterior había sido un suplicio. Si tenía que aguantar una sola gilipollez de aquel perla, se suicidaría.

—No te puedo creer —declaró, cruzándose de brazos en medio de la alfombra. Caleb despegó los ojos del ordenador y observó que lucía su expresión pilluela habitual—. Has contratado a Mio. A *esa* Mio. No sé todavía si quieres recrear *La tentación vive arriba* versión hentai o es que te va la tortura física. Viendo la corbata que te has puesto, yo diría lo segundo.

—¿Qué le pasa a mi corbata ahora?

—Ah, no es cosa de ahora, sino de todos los días. Tienes que buscar algo que combine con tus ojos o que favorezca tu bronceado, zorrillo... Que por cierto debe ser natural, porque no te he visto ir a la playa ni una sola vez. ¿O sigues las rutinas de *Jersey Shore*? ¿«Gimnasio, rayos y lavandería»?

Hizo un gesto rápido con la mano, que venía a significar «como sea», y se tiró sobre la silla frente al escritorio.

—Cuéntame tu plan.

—¿Mi plan?

—No te hagas el remolón. Si tienes a la diosa japonesa de piernas de marfil paseándose entre mortales es porque pretendes hacer algo con tu disfunción eréctil. Eres un tío listo, no sueles hacer las cosas si no te vas a lucrar. Y entre tú y yo, estoy deseando que desentierres el oro de esa cueva. Y que luego me cuentes qué tal, claro.

»Es bastante mejor a como la imaginaba —continuó—. Aunque no me la esperaba así.

—Así, ¿cómo?

—Como una réplica exacta de Kilo Mizuhara. Pensé que se parecería más a... No sé, Lucy Liu en *Los Ángeles de Charlie*. Sea de Charlie o sea de Leighton Abogados, es un ángel, eso lo reconozco.

No se le había ocurrido pensar en que Jesse y Mio podrían coincidir. Estuvo demasiado ocupado intentando contener todas las emociones habidas y por haber para prevenir un cruce entre los dos. Ahora se arrepentía de no haberlos presentado él mismo.

No pretendía convertir el interés de Jesse en el motivo de su nuevo dolor de cabeza: sabía que era un tío legal y no se le ocurriría flirtear con ella existiendo el código de amistad —pese a que técnicamente Mio no fuese nada suyo a sus ojos—, pero no le gustó que se refiriese a ella de esa manera.

—Si lo que esperas es que te enseñe un mapa conceptual de mi plan para seducirla, te invito a abandonar la habitación.

—Me duele que a estas alturas, me escondas algo de vital importancia para nuestra amistad, Cal. Somos compañeros de aventuras, debes hacerme partícipe de todos tus pensamientos. Sobre todo si incluyen un poco de *bellaqueo*.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Oh, vamos, puedes deducirlo por el contexto.

Caleb lo miró muy serio.

—No estoy bromeando, Jesse. Mio no está aquí porque así lo haya querido; Aiko le delegó algunas de sus tareas menos comprometedoras en contra de mi voluntad. Intenté disuadirla por razones obvias y no lo conseguí. ¿El resultado? Aquí la tenemos. Créeme, no me hace mucha ilusión, pero no voy a jugar el papel de malo interponiéndome en su primera experiencia laboral solo porque me desconcentro.

—Pues deja que te diga una cosa, chaval: no veía a alguien desaprovechando una oportunidad tan maravillosa desde que me negué a que Lory Patterson me hiciera una mamada en el baile de invierno por ser novia de mi colega. ¿Entiendes la doble moraleja de esta historia? Si no te la mama a tí, procuraré que lo haga conmigo: aprendí la lección de no pasarme siendo demasiado leal.

—¿Me estás intentando provocar?

—Tío, es que no lo entiendo. La pibita está que se muere por un pollazo, no había visto algo tan exagerado en toda mi vida, y eso que mi exmujer quiso probar una vez los afrodisíacos...

Caleb esbozó una sonrisa burlona.

—Ah, ¿tienes una exmujer?

—Tengo tres. Esta de la que te hablo —contó—, tu madre y tu abuela.

A Caleb no le molestó el comentario. Sabía que Jesse tenía un límite: nunca bromeaba con los sentimientos ajenos. Pero cuando uno tocaba los suyos, se ponía muy a la defensiva, y eso solo sucedía cuando mencionaba a su ex. El cambio en él no era muy notable, solo hacía una bromita no apta para todos los públicos. Sin embargo, Caleb lo notaba.

Fingió mosquearse y lo miró con severidad.

—Vale, sí, lo reconozco. Ese comentario ha sido de muy mal gusto —cabeceó antes de que pudiera decir nada—. Pero venga, hombre, no te irás a enfadar, ¿no? Los chistes de tirarse a las



madres de tus amigos están siempre a la orden del día, son más viejos que el sexo y nunca pierden su gracia...

Alzó una ceja, disfrutando de su incomodidad.

—Salvo cuando la madre de tu amigo está muerta.

—Lo siento. Haré mis ciento treinta horas de trabajo comunitario para enmendar mi error, o si quieres, pasaré una hora en silencio. Pero antes, necesito que me expliques por qué no le vas a dar a ese ángel toda la atención que merece. Llevas fantaseando con sus bragas desde que Plutón aún era un planeta, ¿no crees que ha llegado la hora de... no sé, aprovecharte de la situación y ponerla a orbitar?

—Visto que parece que no te vas a callar hasta que te lo explique, haré un resumen —concluyó, hastiado. Acercó la silla al escritorio y apoyó los codos sobre la mesa—. Mio cree que le intereso porque piensa que le intereso a Aiko, y quiere ser como ella en todos los sentidos que puedas imaginar. Suena gracioso, incluso poco creíble, pero ayer decidió que no le merecía la pena fingir frente al bufete que se acuesta conmigo porque Aiko confesó el día anterior que nunca estuvo enamorada de mí.

—¿En serio? Pensaba que salíais juntos. Si nunca estuvo enamorada de ti, ¿por qué mi hermano te odia tanto?

—Porque me quiere más a mí que a él. Solo para que quede claro, no he salido con Aiko nunca, ni he estado enamorado de ella, pero llega un momento en el que te hartas de dar las mismas explicaciones a todo el mundo y te limitas a hacerte el tonto cuando te preguntan.

—Bueno, eso saca de tu vida a una de las tres mujeres de las que me has hablado durante las tres noches que te emborraché. Aiko, la mujer inalcanzable que perdiste a manos de un Miranda; Mio, la jovencita del dardo a punto... Y la extraña mujer que quieres por encima de todas las cosas a la que no le pusiste nombre. No creas que olvidé que la mencionaste, tengo una memoria cojonuda. Es solo que no me gusta burlarme del amor, es demasiado incluso para mí.

—Todo un detalle. Pero esa es la cosa, Jesse —continuó, volviendo al tema inicial y poniéndose de pie. No pensaba decirle que las dos mujeres que le quedaban por rodear con rotulador rojo en su corcho de investigación federal eran la misma. Mio Sandoval—. No voy a intentar nada con una mujer inmadura y veleta que cada día quiere una cosa. Valoro la estabilidad, y la responsabilidad es mi mayor virtud. Por muy largas que sean sus piernas no voy a vender ambas estando con ella, eso en el remoto caso de que decidiera aceptar, cosa que dudo bastante porque como ya te he dicho, ha descubierto parte del pastel.

—Hablas como si tuvieras que casarte con ella. Zorrillo, estamos hablando de un casquete. Eso es hasta bueno para la circulación.

—Para follar sin compromiso hay que ser más maduro que para tener una relación, y... No voy a volver a mencionar esto contigo; me da grima cómo te refieres a ella, pero siendo sincero, dudo que con una vez fuera suficiente para mí. Y se te olvida que su familia es la mía. No me puedo arriesgar a tener algo pasajero con ella que luego acabe mal y no poder volver a poner un pie en casa de la que considero mi madre. Es mucho lo que hay en juego.

—Pero merece totalmente la pena —insistió.

Pues claro que la merecía. Un beso de Mio podría amortizar los *Cien años de soledad* de García Márquez; Los doce de esclavitud de las memorias de Solomon Northup, y los veinte de Penélope esperando a Ulises en Ítaca. Pero le dolió más de lo humanamente posible que sus temores se confirmaran, y ella misma se dejara en evidencia arrojándolo a los brazos de otra ahora que Aiko tampoco lo quería. De todos modos, y pese a eso, no había podido resistirse a darle un beso rápido y confiarle su mayor secreto, su gran preocupación, e incluirla en todo el embrollo. Caleb tenía asumido que era imposible sacarla de su vida, y ya ni buscaba defensa, ni consuelo. Solo calma entre sus mil cambios de humor.

—Puede ser. Pero solo para que te quede claro y no te confundas ni hagas planes a mis espaldas para salirte con la tuya: mi objetivo no es desvestir «al ángel». Lo que no significa, por otro lado, que vaya a permitir que lo hagas tú. No te acerques a Mio, ¿me oyes?

Jesse bostezó.

—Ay, el perro del hortelano, que ni come, ni deja comer... Nene, yo a Mio no le intereso. Está demasiado cegada por tu metro noventa y cinco de mal gusto eligiendo trajes —y que Dios me perdone porque he sonado como mi hermano—, pero no dudes que, si me eligiera a mí, ya me habría transfigurado como Madre Teresa para que me rozara con su toque divino.

—Lo digo en serio, Jesse. Y no esperes por mi parte una gran argumentación sobre por qué no deberías ir detrás de ella, que igualmente hay numerosas razones de carácter moral. Acepto ser ese perro, y ser un celoso y un desgraciado, igual que puedo aceptar mi irracionalidad y me atrevo a decirte que no quiero verte con ella.

—¿Ese eres tú siendo el padre sobreprotector de las Sandoval, o la sangre acumulada en tu cipote subiéndosete al pechito de pollo?

Caleb medio sonrió y se acercó a la puerta para indicarle a la secretaria que hiciese llamar a Mio.

—Nunca lo sabrás.

Jesse se levantó con aires de ladronzuelo juguetón y lo rodeó, sonriente. Le dio una palmada en el hombro.

—Oh, ya lo sé. Solo era una pregunta retórica.

Caleb puso los ojos en blanco y lo ignoró. Prefirió no pensar en lo que le esperaba por parte de aquel tipo con el síndrome del adolescente, porque lo conocía lo suficiente para saber que no se quedaría parado e insistiría hasta la saciedad en salirse con la suya. Así consiguió entrar en el bufete en primer lugar, cuando venía de la competencia. Caleb guardó sus reservas a la hora de contratarlo. Pero el bicho era mucho más fuerte que él, y los poderes de persuasión que le venían de familia estaban a otro nivel.

Esperó con paciencia a que Mio apareciese, y acabó por deducir que Jesse había olvidado obedecer. Se dirigió al despacho de Aiko y tocó a la puerta varias veces; nadie respondió. Su sorpresa varió entre el menos infinito y el cero cuando cruzó el umbral y vio que Mio se había quedado dormida sobre el escritorio, con un vaso de café en la mano y un bolígrafo con forma de pluma en la otra.

Suspiró para sus adentros. ¿Cuánto más tiempo podría seguir manteniendo a Mio allí, siendo tan eficaz y responsable como un maldito gusano de seda? No le hacía gracia que la gente hablara a las espaldas sobre ella, y, menos aún, en los términos en que lo hacían, pero menos le divertía aún robarle tiempo poniéndola a trabajar en algo que no le llenaba.

Ahora bien: ¿qué le llenaba a esa mujer?

Se acercó a la mesa y observó que tenía la mejilla pegada a una hoja de papel escrita a mano. Caleb se inclinó un poco, apoyando la mano muy cerca de su cabeza, y leyó por encima.

*«Lista de cosas que hacer:*

- 1. Comprar alpiste a Noodles.*
- 2. Buscar en el videoclub las películas de Destino Final.*
- 3. Aprender a conducir de una vez.*
- 4. Sacarle a Caleb el palo del c».»*

—¡Estoy despierta! —exclamó de repente, incorporándose. Caleb se echó hacia atrás y preparó su expresión más severa—. Solo ha sido un momento, estaba... estaba... lamiendo el sobre para cerrarlo y...

Su voz se apagó al ver a Caleb.

—¿Me has llamado?

Mio llevaba una falda razonablemente larga, pero su blusa tenía escote trasero y se había pintado los labios de un tono oscuro que le ganaba a todo lo demás. Solo mirarla le puso el estómago del revés.

Decidió no regañarla. Solo porque salía en su lista. Como un amargado, pero salía.

—Sí. He puesto en regla todo el trabajo que tenía para hoy y necesito que me ayudes con lo que me prometiste. —Hizo una señal en dirección al despacho—. Cogeré unas cosas e iremos al hospital.

—¿Nuestra primera misión imposible?

Caleb contuvo una sonrisa reveladora ante su tono ilusionado.

—Así es.

—Genial, porque llevo encima mi identificación por si la pidieran. La tengo en el bolso, que está... justo en tu mano, vale —dijo. Se puso en pie y se alisó la falda. Miró a Caleb—. Entonces... ¿Somos compitruenos? ¿Como Thelma y Louise?

—Solo que sin disparar a nadie. Espero.

—¿Ni siquiera si son violadores?

—En ese caso me lo pensaré. No daría un buen ejemplo como abogado si matara a la gente antes de juzgarla —comentó, dirigiéndose a la salida. Paró justo en la puerta y le lanzó una mirada seria—. Mio, si vuelves a dormirte en el trabajo, te despido.

—¿No es Jesse al que siempre amenazas con eso?

—Es más divertido cuando amenazas a alguien a quien le importa —respondió, saliendo al pasillo. Añadió para sí mismo—: O a quien cree que le importa.

Caleb dejó una lista de tareas a Julie y a la secretaria, que gracias a su historia con Mio ya no se le ocurría ponerle ojitos. Mio sabía darle sentido hasta a los refranes: «no hay mal que por bien no venga». En su caso, el mal fue menor, y las consecuencias muy bienvenidas. Fueron las que le cualificaron para acompañar a Mio a la salida cogiéndola por la cintura, colando el pulgar de manera insinuante en la abertura de la blusa.

Sonrió para sus adentros. Pues sí que era un zorrillo y un aprovechado... Pero ella se lo había buscado.

En el coche volvió a verlo de otra manera menos simpática. Tenía en estima su Audi. Le gustaba conducir, pero no era ningún fanático de los coches. Aun así, los trayectos cortos se le hacían cómodos de hacer, y Mio destrozaba esa calma chocando las rodillas en el asiento del copiloto. No dejaba de recordar la noche del vestido blanco, de la bofetada y el «te quiero», y la moraleja que sacó de ese día: no podía fiarse de ella. Era demasiado voluble.

Puso el equipo de música y subió el volumen del disco en solitario de John Lennon.

*When the night is cold...*

—¿Haces esto por tus padres... o por Kiko? —preguntó Mio. Metió las manos bajo los muslos—. Porque sería bonito que lo hicieras por ella, pese a todo.

Caleb sonrió de incredulidad, sin preocuparse de cómo interpretaría ella ese gesto. ¿Importaba? Le daba la impresión de que Mio entendía lo que quería para usarlo en su propio beneficio, que era el que le permitiría seguir en un punto intermedio de la nada. No sabía lo que quería, y para no tener que decidirlo, escogía fingir no saber lo que querían los demás. Eso le daba tiempo. Apostaba porque prefería pensar que estaba enamorado de Aiko, algo que él nunca dijo y que se pasó toda la vida desmintiendo. Podría haber vuelto a desmentirlo en la discusión del día anterior. Pero ¿para qué? No sentía que fuera a cambiar nada, y se le quitaban las ganas de ser sincero.

—No lo hago por ninguno de ellos. Ni siquiera por mí. No creo en la justicia para los que ya no pueden disfrutarla, sino en el castigo de los que han errado y en la prevención del sufrimiento. Investigo para que nadie pase por lo que vivieron tanto ellos como nosotros.

—¿Por eso te hiciste abogado? ¿Para castigar a los malos?

—De pequeño, sí, pensaba en castigar a los malos. En el instituto fue para defender a los inocentes. Durante la carrera... Un poco por ego —reconoció. Echó un vistazo fugaz al espejo del panel que Mio había despegado del techo. Le gustaba cómo el pequeño cristal enmarcaba sus ojos maquillados, ilusionados. Nadie lo miraba con tantas ganas de aprender de él, de escucharlo—. Ahora lo soy porque no podría ser otra cosa, no querría. Por la satisfacción que me produce. Al final eso es lo importante, que seas feliz haciendo lo que debes, y no hacerlo por los resultados. Estando comprometido con ello, el éxito llega solo.

—Pues no veo que te haga muy feliz este caso. Creo que te va a recordar cosas que te duelen, y si no lo conseguimos...

—A no ser que el representante del hospital contrate a Marc, no me da miedo. Te creía más optimista, pecosa.

Mio hizo una mueca.

—No me llames así, *porfi*.

—¿Por qué no?

—Porque es recordarme todo el tiempo un defecto que tengo. ¿Sabes que la gran virtud de las japonesas suele ser su piel perfecta? Bueno, de la gente con ascendencia oriental, yo en realidad soy norteamericana, no de Japón, pero... Tú me entiendes. Se supone que lo bueno de haber nacido con los ojos rasgados es que vienen con la piel bonita, y mírame, con las mejillas llenas de pecas. Ni Aiko ni Otto tienen esto en la cara. Son como los escupitajos del demonio.

Si Caleb no le dio un golpe al volante fue porque le hizo gracia su forma de referirse a las pecas, pero no le duró mucho la diversión. Siempre acababa haciendo un paseo por las virtudes de Aiko, siempre se comparaba y nunca salía ganando.

Lo odiaba. Le ponía de muy mal humor.

—Si no tuvieras pecas te acercarías más al canon, pero no serías única. ¿De verdad quieres cambiar algo que te distingue y te hace especial solo para encajar?

—No creo que los cíclopes se quedaran con un solo ojo si pudieran tener dos. A la gente no le gusta ser distinto.

—Solo son pecas, Mio —suspiró, apretando el volante—. Y son preciosas.

Silencio.

—No tienes que decir eso para hacerme sentir mejor. Ah, y tampoco me tienes que llevar a todos lados en coche —añadió—. Intentaré sacarme el carnet en estas semanas, y mientras, cogeré el autobús.

—No me supone ninguna dificultad llevarte a casa. Pero estaría bien que te sacaras el carné, sí. Puedo ayudarte con eso, si quieres. Es imposible aprobar si no coges el coche ilegalmente unas cuantas veces.

Enseguida se arrepintió de la propuesta. «Muy bien, lo que quieres es perderla de vista y te ofreces a meterte en un espacio cerrado con ella. Eres muy lógico».

—¿Practicar con tu coche? *¿Tu coche?* Te doy cinco minutos para retractarte, o al final sí que seremos Thelma y Louise, despeñándonos por un barranco.

—No puedes hacerlo *tan* mal.

—Te recuerdo que me suspendieron cinco veces.

—¿Por qué? ¿Te chocaste con una pared, o...?

—Me salté un par de semáforos... Y casi atropellé a un señor que cruzaba un paso de peatones. No lo hacía tan mal, es que me ponía nerviosa. Pero hace mucho que no practico. Seguro que ahora sí me choco con una pared. Y no quiero hacer tortilla de Caleb. Hay gente que te quiere.

«Y a ti también, Mio, por Dios».

Caleb torció por una calle estrecha que daba a una avenida poco frecuentada. Frenó. ¿Que qué estaba haciendo? El gilipollas. ¿Que se arrepentiría? Muy posiblemente. Si estaba vivo entonces, claro.

—Para hacer una buena tortilla hacen falta huevos. Estoy listo para ponerlos.

Le hizo un gesto para que se sentara sobre sus rodillas.

—Ven. Si tenemos un accidente, ya vamos con coartada para invadir la recepción del hospital.

Mio lo miró espantada.

—¿Lo dices en serio? Eso está prohibido.

—Hay muchas cosas prohibidas que se hacen igualmente. Tienes cinco minutos para sentarte aquí, o para jurar sobre los Estados Unidos que adoras tus pecas por encima de todo.

Mio no lo dudó. Se quitó el cinturón y se desplazó a gatas. En el proceso, golpeó la palanca de cambios con la rodilla y se dio un golpe en la cabeza con el retrovisor. Fue difícil mantener el equilibrio con una mano sobre Caleb y otra agarrándose la falda.

«Pero mujer, deja que siga la inercia».

—Menos mal que tiene los cristales tintados —masculló, muy cerca de su mejilla. Con el rabillo del ojo la vio sonreír—. Esto me recuerda a cuando nos subimos los tres en los coches de choque de la feria y yo me tuve que poner encima... Menudos cabezazos nos dimos.

Oh, Caleb se acordaba de eso, de lo tenso que estuvo durante todo el maldito juegucito teniendo a una Mio de dieciséis años encima de él. También recordaba la bronca del que llevaba la atracción. Aunque para atracción, la que sintió hacia su culo cuando se acomodó sobre él. Justo como en ese momento.

La cogió de los codos y fue deslizándola los brazos hasta sujetarla por la muñeca. Se fijó en que se le ponía el vello de punta al guiar sus manos al volante, y sonrió de alivio. Gracias al cielo no estaba solo en su contenida excitación.

Apoyó la barbilla en su hombro e inspiró. Reconoció su peculiar perfume enseguida, ese que compraba en cantidades industriales en el *Primor* de Barcelona cuando iba de vacaciones: musgo y mora de *Tai & Jón*. Dulce y atrayente.

Cerró la llave de contacto y rodeó la cintura de Mio con ese brazo.

—Arranca el coche y será todo tuyo.

—V-vale, pero... Esto... ¿Por qué me abrazas?

—Soy el cinturón. Solo cumplo mi función protectora.

«No te lo crees ni tú».

Mio se echó hacia atrás, rozándole la cremallera del pantalón. Ese día se había puesto vaqueros, una tela lo bastante firme para que no notase cómo empezaba a calentarse. Inspiró hondo, y sintió que ella hacía lo mismo.

El motor del Audi rugió.

—No quiero romperte el coche —murmuró, mirando sobre su hombro.

Por un momento, sus labios estuvieron muy cerca de los de Caleb, y él no hizo nada por alejarse. Al contrario. La agarró más fuerte, conteniéndola contra su semierección. Mio empujó las caderas, ofreciendo su trasero de manera perversa.

«Y yo no quiero romper mis propias leyes de autocontrol, pero estoy a punto de hacerlo».

—Inténtalo. Demuéstrame que puedes hacerlo.

Vio que ella se mordisqueaba el labio y agarraba el volante con firmeza, justo por encima de las manos de Cal. Él sonrió al verla tan motivada, fingiendo inocencia respecto a la postura cuando la sentía vibrando sobre su regazo, removiéndose cada dos por tres como queriendo decir «aquí estoy».

«Ya sé que estás aquí, nena... No me lo tienes que recordar».

Mio pisó el acelerador con suavidad. Se puso rígida en cuanto el coche obedeció la orden.

—*Sh...* —silbó en su oído. Presionó los dedos contra su estómago, y siguió bajando hasta reposar en su bajo vientre—. No va a pasar nada.

El cuerpo de Mio reprodujo un placentero estremecimiento. Soltó el volante y puso la mano contra la de Caleb.

—No, no, no... —La devolvió a su lugar—. Tienes que concentrarte en la carretera.

—Pues no me pongas obstáculos, que esto no es Mario Kart.

—¿Obstáculos? ¿A qué te refieres? —preguntó él con inocencia, poniéndole una mano en el muslo. Piel con piel. Estaba caliente, y suave, y parecía tan manejable... Sus dedos se movieron contra toda voluntad, quedándose a un atrevimiento de meterse bajo la falda—. No te ha lanzado ningún caparazón.

—Ya, me refería al efecto de ponerte cañón. No uses tu plátano contra mí.

—No tengo ni idea de qué estás hablando, pecosa.

Estaba jugando con fuego y lo sabía. No quería darle esperanzas, pero no pensaba perder la oportunidad que le había brindado con su juego de parejita en la sombra.

—Esto es más divertido que las clases con la autoescuela. —Dibujó un semicírculo con las caderas. La falda se le subió un poco—. ¿Conduzco hasta el hospital?

—Sí, porque a este paso me va a hacer falta una revisión.

—¿Cómo?

Caleb puso las manos sobre sus caderas. Tiró del borde de la falda hacia arriba. Se fijó en sus piernas desnudas, y se preguntó con la cara ardiendo si llevaría un tanga, o unas bragas corrientes. Fantaséó incluso con que no llevara nada. Por poco se corrió encima cuando ella las separó, invitándolo a meterse allí.

—Qué cinturón tan travieso —balbució ella.

—Hay que proteger todas las partes. No hay ninguna más importante que otra.

—Cal... —jadeó. Curvó el volante para cruzar la calle—. Méteme...

—¿Sí?

—...méteme segunda, por favor.

Caleb se mordió el labio para no soltar una carcajada y obedeció, empujando la palanca.

—¿Algo más? —susurró en tono íntimo.

Le apartó la melena del cuello y la echó sobre un hombro. Sonrió al ver que sudaba por los nervios y la tensión, y que allí se concentraba el olor más dulce del mundo.

Se volvió loco. Inhaló ruidosamente y pegó la boca a su cuello. Ella paró delante de un semáforo en rojo. Caleb reconoció la tentación en la forma en que su cintura onduló hacia él, y ladeó la cabeza para darle lo que quería. No pudo resistirse a su abandono y la mordió con suavidad. Presionó la lengua contra la piel dulce y succionó, y succionó... Ella se estremecía en la cumbre de su erección.

Mio perdió el control del coche, pero Caleb lo recuperó a tiempo agarrando el volante. Derraparon al colisionar con la acera frente al hospital, y estuvieron a punto de chocar con una ambulancia aparcada. Caleb pisó el freno de golpe y utilizó el brazo para proteger a Mio, que apenas se movió.

—Qué miedo —balbució cuando pudo salir del *shock*.

Caleb suspiró y cerró los ojos un instante. Sí, joder; qué miedo haber estado a punto de no parar.

La tuvo que soltar para que se desplazara al asiento del copiloto y saliera por la otra puerta. No corrigió la postura de la falda, y al gatear le enseñó un tanga color escarlata con la tirilla de satén que

estuvo a punto de desquiciarlo sin retorno. Se imaginó tirando de la tela, arrancándola y metiendo la cabeza ahí debajo.

«Calma».

Salió con la cabeza hecha un lío, incapaz de recordar para qué había ido allí. Le costó rescatar la cara del Caleb Leighton responsable, el que no dejaba coches a mujeres sin carné, a revoluciones con piernas preciosas... Pero lo consiguió, y por eso casi no le afectó que Mio lo mirase con la pregunta implícita en los ojos.

«¿A qué ha venido eso?».

Esperaba que no la hiciera en voz alta, porque no sabría cómo diablos responder sin dejarse en evidencia.

—No ha estado mal, aunque necesitas un poco de práctica —anunció poniendo distancia—. Entremos.

Caleb pensó que le costaría centrarse en lo que había ido a hacer —que no era manosear a Mio, por cierto—, pero en cuanto puso un pie en la recepción del hospital, sus buenos ánimos se desvanecieron.

No tenía sentido, porque a pesar de que sus padres fueron intervenidos en una habitación de la clínica, él jamás entró. Le dieron la noticia al día siguiente, después de horas intentando localizarle, y sin detalles. Supuestamente, un niño de su edad no merecía explicaciones detalladas. El señor y la señora Leighton estaban muertos, y ya estaba. Se suponía que desde el principio, desde el choque. Y él, hacía tan solo unos minutos, estaba enseñando a conducir a una mujer en medio del tráfico de Miami. Podría haber ocasionado un choque igual o peor que el que los trasladó a urgencias.

Caleb apretó la mandíbula. Menudo inconsciente.

Ahora resultaba que no era cierto. Que los Leighton no llegaron moribundos en ambulancia. Estaban heridos pero lúcidos. Quizá por le invadió una extraña sensación de familiaridad al entrar, como si alguna recóndita parte de su cuerpo supiera que sus padres exhalaban su último aliento en alguna de sus habitaciones. Le costó respirar al dirigirse al recepcionista, pero trató de disimularlo dentro de lo posible. No quería darle la razón a Aiko: aunque no se lo había dicho, tenía metido en la cabeza el sermón que tarde o temprano vendía. «Esto es lo peor que podías hacerte, Cal». Llevaba años sosteniendo que era un detonador y, el tema de sus padres, el botón que acabaría con él. Y muy posiblemente fuera cierto. Si alguien podía permitirse hacer ese tipo de teorías, era Aiko, quien le acompañó durante sus malos momentos. Era la única con la que se había atrevido a hablar en voz alta del miedo que sintió al quedarse solo. Siempre a grandes rasgos, porque temía evidenciar que aún le dolía. Porque le parecía innecesario violentarla con sus recuerdos. Porque no sentía que lo fuera a entender. Y no lo entendía... Pero lo sabía. Por mucho que se esforzara en ocultarlo, Aiko lo sabía todo, y respetaba que no quisiera mencionarlo. Lo que no quería decir que no insistiera en que, tarde o temprano, tendría que deshacerse de esa carga.

La voz de Mio se coló en su silogismo.

—¿En qué piensas?

—En nada.

Metió las manos en los bolsillos y la miró. Parecía que hubieran pasado cien años desde que la abrazó en el coche.

—Tengo que llamar a Bruno. ¿Sabes lo que vas a hacer? ¿Necesitas que te ayude con algo?

Mio negó con la cabeza y se adelantó, sacó del bolso el pase que necesitaba. La siguió no muy convencido de que fuera funcionar, mientras tecleaba en el móvil el número de Bruno. Sabía que el hombre no era un adepto de las nuevas tecnologías y tardaría en responder, si es que lo hacía, pero más le valía intentarlo.

—Buenas tardes —saludó Mio, apoyando las manos en el mostrador—. Me preguntaba si podría ayudarme a localizar a dos enfermeras. Se llaman Camille Jones y Rosie Stone.

El encargado se subió las gafas por el puente de la nariz y miró a Mio. Tenía la cara ancha, picada por los granos, y tan poca barbilla que parecía acabar en su labio inferior. Llevaba el pelo largo recogido en una coleta que le llegaba a media espalda.

—Camille Jones fue transferida al Jackson Memorial y Rosie Stone acaba de tomarse la baja por maternidad, aunque visto el deceso de su eficiencia laboral, dudamos que vuelva a poner un pie aquí.

Caleb observó que la sonrisa de Mio desaparecía. Se acercó para decirle que no importaba, aún con el teléfono pegado a la oreja. Ella no se dio por vencida y sacó la identificación.

—Bueno, no pasa nada. Solo las buscaba porque son mis amigas de la universidad y quería saludarlas para contarles que he entrado a trabajar aquí.

El tipo la miró de arriba abajo, pero no dijo nada. Ella sonrió.

—Seguro que tú me puedes ayudar. Mira...

—Ese pase dejó de tener validez hace dos años —cortó él, devolviéndoselo—. Si ha entrado a trabajar aquí de verdad, no le importará enseñarme la nueva identificación.

Caleb cogió a Mio suavemente del brazo para apartarla. Ella se resistió.

—De acuerdo... Estaba mintiendo —reconoció. Caleb estuvo a punto de llevarse una mano a la cabeza—. Verás... En realidad sí que cursé enfermería, pero suspendí el tercer año. Solo quería que me hicieran una especie de *tour* por el hospital, porque mi sueño siempre ha sido trabajar aquí, y ver si puedo encontrar a alguien que me ayude con la parte de prácticas. Rosie y Camille pueden asegurarte que intenté aprobar pero no lo conseguí. Por favor... —suplicó, apoyando los codos en la mesa y echándose hacia delante. Se acercó tanto al tipo que las alarmas saltaron dentro de Caleb—, señor Marsden.

Él se quedó en silencio un momento, midiéndola con la mirada. Mio esbozó una de sus sonrisas dulces, las que le servían de pequeña para conseguir que Caleb perdonase sus travesuras.

—Espera... ¿Gavin Marsden? ¿Ese Gavin Marsden, el que iba al instituto conmigo? ¿John A. Ferguson?

El tipo asintió.

—Soy Mio Sandoval, creo que eras un año mayor que yo... O dos. Ibas siempre con aquel chico rubio de las pecas, ¿verdad? ¿Cómo se llamaba? ¿Daniel?

—Daniel Perry, sí —respondió, algo confuso—. ¿Cómo es posible que te acuerdes... de nosotros? No éramos precisamente los más populares del instituto.

Mio se encogió de hombros con gracia.

—Bueno, yo tampoco lo era.

—Pero nosotros éramos inexistentes.

—No, no lo erais si yo me acuerdo. ¿Cómo está Daniel? Me acuerdo de que quería estudiar Biología. Me contaba muchas curiosidades sobre los pájaros porque sabía que a mí me encantaban.

—Oh, entonces tú eres la chica con la que solía verse —exclamó, sorprendido—. Pensaba que se la había inventado.

—¿Es que te hablaba de mí? Pues vaya, no sé por qué no nos presentó.

Caleb se fijó en que Gavin se ruborizaba de puro placer. Estuvo a punto de arrancar a Mio del mostrador y llevársela castigada al coche por jugar de aquella manera con sus sentimientos. ¿Le regañaba por intentar cortar de raíz las esperanzas de Julie, y ahora ella le hablaba al tipo como si quisiera que la invitara a salir?

—B-bueno, supongo que por una vieja amiga podría hacer una excepción y... No tengo amigos aquí, no puedo convencer a nadie para que te ayude a pasar la prueba, p-pero quizás pueda conseguirte una identificación para ver de cerca cómo trabajan las enfermeras y echarles una mano como auxiliar.



—¡Genial! —aplaudió Mio, extasiada. Se acercó a Marsden y le plantó un beso en la mejilla—. ¿Crees que podrías enseñarme la sala de archivo, donde se encuentran todos los historiales médicos de los ingresados?

—No tenemos esa sala —respondió. Se subió las gafas de nuevo—. Desde la implantación de las nuevas tecnologías todo se hace por ordenador. ¿Por qué?

—Oh, por nada. Solo para saber cómo funciona —remoloneó, tocándole el brazo con los dedos—. Supongo que tú te encargas de eso, ¿no? Debe ser un trabajo muy difícil y aburrido, todo el día haciendo cambios, añadiendo fichas. ¿Sabes? A cambio de llevarme a hacer el *tour*, podría ayudarte a organizar eso.

—O... Podrías salir conmigo una noche —sugirió Marsden, con los ojos puestos en la caricia de Mio. Ella se quedó sin habla un segundo, pero se repuso rápido; mucho más rápido que Caleb, que no cupo en su perplejidad.

—Si quieres pedirme salir, déjalo fuera de este intercambio... O quedaría como si estuviera haciéndote un favor. Estaré encantada de salir contigo, pero eso es paralelo a la identificación. Deja que un día te ayude con las citas a cambio de colarme, es lo mínimo que puedo hacer cuando te estás arriesgando a perder tu puesto. ¿Te parece?

Caleb cerró los ojos y se contuvo para no gritar. Para no gritarle *a ella*, en realidad. Apenas se lo pudo creer cuando Marsden accedió a su sutil manipulación, sonriendo y tartamudeando sobre el día en que se verían para el paseo por el hospital y la noche de su quedada. No pudo evitar odiarlo con cada fibra de su ser, incluso sabiendo que Mio solo estaba «salvando el plan». Se identificaba con los marginados y los solitarios, pero no soportó que otro fuese a tener una cita con ella antes que él... Lo que enseguida desembocó en una duda que le puso de peor humor. ¿Cuántas citas habría tenido Mio? ¿Con cuántos hombres habría estado? ¿Se habría enamorado de alguno? ¿Cuántos habrían pasado por su cama? Eran preguntas que Aiko sabía contestar y que él nunca había hecho porque le aterraba la respuesta. Que él nunca fue un santo. No se cortaba un pelo si una mujer llamaba su atención, aunque no supiera mantenerla como pareja y debiera limitarse al sexo esporádico. Pero...

Tuvo que quedarse media hora allí parado, como un maldito pasmarote, esperando a que Gavin terminase de teclear en el ordenador para conseguirle a aquella pequeña lianta lo que había suplicado con ojitos dulces. A veces no soportaba a los que la despreciaban, y otras odiaba más aún a los que la miraban con la devoción que merecía. No había quien lo entendiese.

El teléfono sonó por fin, librándole de desafortunados pensamientos.

—*Perdona, Cal, estaba en casa de mi hija cuando has llamado* —se disculpó Bruno—. *Supongo que me has contactado por el asunto de los viejos empleados.*

—Así es. Siento haberte interrumpido en medio de una reunión familiar. ¿Cómo estás?

Bruno suspiró.

—*He visto tiempos mejores, ya sabes... El hospital me está dando medicación para el dolor, pero me obliga a pasar el día tumbado, y no quiero dedicar mis últimos meses de vida a la almohada. Ya dormiré cuando esté muerto. Antes prefiero disfrutar de mis hijas y mis nietos, de a familia que me queda, aunque sea sufriendo un poco.*

Caleb asintió lleno de admiración y respeto. El hombre no era solo su primer y único testigo, lo que ya le hacía especial, sino una especie de colega. Bruno lo contactó sabiendo que era el mejor y seguramente no podría permitirse sus tarifas, pero fue tan humilde al concertar la primera reunión que Caleb no dudó en echarle una mano.

En los últimos meses, cuando trabajaron en las peculiaridades de su testamento, descubrió que era un hombre honesto y sencillo que perdió a su padre y a sus tíos siendo muy joven, a causa de la misma enfermedad que se lo llevaría pronto. Empatizó con él porque pasó solo gran parte de su infancia, hasta que conoció a su esposa, y se vio reflejado en su perseverancia y deseo de seguir adelante.

—Si necesitas cualquier cosa, no tienes más que llamarme.

—Lo sé. Eres un buen hombre, Leighton. Pero yendo al grano... He llamado a los siete compañeros con los que mejor me llevaba, por si pudieras sacar de ellos alguna pista.

»Cuatro de ellos fueron despedidos de mala manera. Les he contado muy a grandes rasgos para qué necesito que cuenten su historia, y han estado de acuerdo en hacerte este favor. Solo a ellos, porque ya no tienen contacto con el Kendall West y es improbable que lo comentaran al gerente.

»Uno de ellos, Jonas, me comentó algunas cosas que podrían interesarte. Están relacionadas con la pésima organización. Quizá debieras empezar por él. Te mandaré su número a la oficina, ¿sí?

Caleb dio las gracias en el mismo momento en que Mio se despedía.

—Muchísimas gracias, Gavin. —Sonrió y volvió a besarle la mejilla—. Nos veremos este fin de semana.

—Lo estoy deseando.

Caleb supo por la mirada que Gavin le dirigió, que Mio había clarificado que no suponía ninguna amenaza hacia la cita del sábado. Aquello era un sacrificio necesario para hacer su coartada creíble, pero igualmente se tensó, y más cuando Mio lo siguió a distancia prudencial, procurando mantener la coartada.

—Pues... —empezó, sonriente. Sacudió la identificación en sus narices antes de guardarla en el bolso—. Ya está.

Apretó los labios.

—Vas a tener que hacerme un croquis para saber en qué distritos de Miami soy tu novio y en cuáles estás disponible para salir con recepcionistas —soltó sin poder evitarlo—. Por ejemplo, parece que por *Downtown* nos acostamos frecuentemente, pero en Kendall... ¿Soy tu mejor amigo? ¿Tu hermano, a lo mejor?

Mio lo miró de reojo con el ceño fruncido.

—¿Estás enfadado?

Caleb esperó a salir del hospital para responder. Frenó justo a las puertas y la cogió del brazo para apartarla de la entrada. Se aseguró de que nadie miraba al arrinconarla entre las columnas del parqueo de las ambulancias.

—Pues claro que estoy enfadado. ¿Tienes idea de lo que acabas de hacer? Dos veces he intentado quitarte del medio, y no te ha dado la gana de obedecer. Dos. ¡No puedes engañar a alguien para sacarle las pruebas!

—Pero... He conseguido lo que querías, ¿cuál es el problema?

—¡Que las pueden invalidar! ¿Cuántas películas o series de abogados has visto? Porque parece que te sacaste la carrera a base de capítulos de *Cómo defender a un asesino* en lugar de estudiando la legislación. En la vida real no se seduce a un tipo para que te dé lo que quieres.

—Yo no he seducido a nadie.

Caleb soltó una sola risa crispada.

—Te estaba ayudando —protestó—. Lo de Rosie no funcionó, y no pensaba irme con las manos vacías, así que...

—Si esta era tu forma de ayudarme, lo mejor habría sido que te quedaras quieta. No sé en qué coño estaba pensando al incluirte en esto.

—Oye, no pueden invalidar nada porque no he mentido. De verdad estudié para ser enfermera y suspendí. En todo caso lo procesarían a él por dar información clasificada a una desconocida.

—A una desconocida que mentía sobre sus objetivos al acercarse, y que ha utilizado su cara bonita para convencerlo de que le dé un pase —corrigió—. Tienes que dejar de lado la ficción, Sandoval. Esto es el mundo real. No puedes hacer lo que te dé la gana y conseguir las cosas manipulando a los hombres que se prendan de ti.

—¿Y cómo pensabas conseguir si no la información? —explotó ella, empezando a cabrear—. ¿Por ciencia infusa? ¿Y de verdad te crees que no sé que esto no se suele hacer?

—¿Para qué lo has hecho entonces? ¿Te hacía ilusión jugar a ser Mata Hari? Porque si es eso, te has ganado un diez de diez. Una representación maravillosa. Tendrás que perfilarte el papel para la cita, y ponerte un vestido muy escotado para que no se dé cuenta de que mientes más que hablas.

Mio lo fulminó con la mirada. Le plantó el pequeño bolso en el pecho, obligándolo a retroceder un paso.

—¿Sabes qué te digo? Paso de ti, capullo. Ahí te quedas.

—Oh, ahora soy «capullo» —ironizó, girándose para ver cómo se dirigía al coche aparcado. Se perdió momentáneamente en el vaivén de sus caderas—. Me pregunto qué seré mañana para la bella y voluble Mio Sandoval. ¿El padre que nunca tuvo? ¿Su marido? ¿Repetiré como amigo pagafantas? ¡Estoy ansioso por descubrirlo!

Mio se dio la vuelta con los puños apretados. Regresó a él con grandes zancadas. Estaba roja de la rabia, y eso le producía sentimientos contradictorios. Por un lado, le mosqueaba, porque no tenía derecho a enfadarse cuando la acababa de cagar, y por otro... Adoraba cómo se defendía.

—¿Qué seré yo en el mundo de Leighton? —contrató, haciendo grandes aspavientos—. ¿La molesta hermana pequeña? ¿La abogada inútil que todo lo hace mal? ¿La mujer a la que vuelve loca con sus cambios de humor? ¿O a lo mejor se iluminará y me meterá mano en su coche? —Se quedó sin aire, teniendo que hacer una pausa—. ¿Yo soy la voluble aquí, cuando tardas veinte minutos en cabrear te conmigo y otros veinte en perdonarme?

—No me cabrearía si no hicieras jodidas estupideces que ponen en peligro la única cosa que me importa en este mundo. Estás metida en esto porque decidiste hacerme chantaje, y ahora parece que intentas sabotearme. ¿Crees de verdad que me enfado porque me apetece, o que me gusta que me vuelvas loco todo el tiempo? Y una mierda, Mio. No disfruto con esto como insinúas. De hecho, odio lo que soy cuando me sacas de quicio, algo que sucede muy a menudo. Pero no puedo permitir que des un solo paso en falso, porque ahora mismo, esto es mi vida.

—Pues despídeme.

—Despedirte no va a solucionar los problemas de nuestra relación.

—¡Pues córtala de raíz! No vuelvas a aparecer por casa cuando sepas que estoy yo. Borra mi número. Haz como si no existiera —resolvió con voz temblorosa. Extendió los brazos, como abarcando todas las posibilidades—. Te resultará fácil si de verdad es tan difícil para ti estar conmigo.

Caleb estuvo a una sola palabra más de arrancarse el pelo.

—¿Qué estás diciendo? No lo saques de contexto. Estoy mosqueado por lo mismo de siempre: tú haciendo cosas que no te benefician, y que ahora no me benefician a mí. No tiene nada que ver con que quiera que desaparezcas.

—No quieres que desaparezca porque soy la hermana de Aiko y sabes que no podría soportar que nos lleváramos mal. ¿Te crees que no lo sé? Lo haces todo por ella. Si no fuera por Kiko, tú...

No pudo soportarlo más. La tomó por los hombros.

—Ya vale. Deja de relacionarlo todo con tu hermana. Aiko no tiene que ver con esto, ¿te enteras?

—¿Qué se supone que es *esto*?

—Tú y yo.

Lanzó una mirada suplicante al cielo para desintoxicarse de las mejillas coloradas de Mio. Cuando creyó que estaría preparado, volvió a concentrarse en sus ojos.

—No la quiero, ¿me oyes? No estoy enamorado de Aiko. Me cabreo porque me preocupo por tí, no porque seas una extensión de ella y por eso sienta la necesidad de protegerte. Que la siento —puntualizó, sin voz—, pero porque me importas.

Tragó saliva, asustado por las consecuencias que podría tener su arranque sincero. Era lo más cercano a un te quiero que había dicho nunca. Y se habría arrepentido de abrirse en canal si no se

tratara de Mio. Ella lo curaba del desprecio hacia a sus impulsos de amor. No solo no le importaba quitarse la máscara en su presencia, sino que a veces merecía la pena. Sobre todo en momentos como aquel, cuando Mio dejó de estar enfadada para mostrarse tan confusa como ilusionada.

Caleb no entendió nada. ¿Acaso no era obvio que ella era importante para él? Quizá no lo expresaba con el mejor de los tactos, pero creía que los hechos valían más que las palabras y siempre estuvo ahí cuando lo necesitó. Y, cuando no, también.

—¿No estás enamorado de Aiko de verdad? —balbució—. ¿No lo dices por...?

—¿Por qué iba a decirlo? —cortó. La cogió de la cara y acarició sus mejillas salpicadas a pequeñas pecas. Su carita dulce, sus ojos soñadores... No necesitó más para reconciliarse consigo mismo—. No la quiero de esa forma, Mio. No hay trampa. Simplemente *no la quiero*.

Mio boqueó una y otra vez, sin saber por dónde empezar. Se puso de todos los colores. Pálida. Verde, como si fuera a vomitar de la impresión. Azul. Roja. Caleb no supo cómo interpretar sus mejillas coloradas; prefirió disfrutar de ello en silencio.

—Te llevaré a casa.

Ella asintió. Podía entender que le chocara su declaración de no-amor: estaba claro que, para Mio, al igual que para el resto de personas de su entorno, Caleb siempre estuvo y estaría enamorado de Aiko. Pero que le hubiese sorprendido su preocupación por ella, era ofensivo. No iba a quitarse de culpas. Sabía que él no era el hombre más expresivo del mundo, y que se cortaba mucho por miedo a que lo descubriera. Mio tampoco es que fuera de las que captaban las indirectas. Ni las directas comprendía. Aun así, a Caleb le parecía tan obvio...

La guio hacia el coche en silencio, sin perderse detalle de su expresión. Le hizo gracia que Mio tropezara varias veces, como cada vez que se ponía nerviosa, y que nada más acomodarse en el asiento, empezase una lluvia de miradas ansiosas. Caleb tardó un poco en arrancar, dándole tiempo para que hiciese alguna de las preguntas.

—Entonces... —murmuró ella, justo cuando él se incorporaba al tráfico—. Cuando has hecho eso antes... Lo de la... la clase de conducir...

—Lo de besarte el cuello —la ayudó, conteniendo una sonrisa.

Ella carraspeó.

—Sí, eso... ¿Lo has hecho porque querías? O sea, lo... ¿Lo has hecho adrede?

—Pues claro. ¿Cómo se da un beso sin querer?

—No sé, a lo mejor lo hiciste para ponerme nerviosa, o... o talvez pensando en Aiko. Pero si no la quieres, pues supongo que lo de acosarme porque me parezco a Aiko está descartado.

La miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión tan retorcida? No sé si me asombra la mente de las mujeres, o la temo. Te lo aclaro por si acaso: no, lo he hecho con ninguna intención oculta. Solo porque he querido. Sí, reconozco que suelo pensar en una mujer cuando toco a otras —confesó, lanzándole una mirada seria por el retrovisor—, pero esta vez no ha sido así. Eres una buena alumna y se me ocurrió que valorarías que te recompensara. No ha sido para tanto, ¿no? Si hubieras reaccionado así delante de alguno de los que piensa que tenemos un lío, te habrías dejado en evidencia tú sola.

—Pues sería culpa tuya, que no me pones a practicar más.

—Por supuesto... La culpa siempre es de Caleb —suspiró.

El trayecto fue demasiado corto para lo que la Mio curiosa habría querido. Caleb sabía que tenía muchas dudas. Pero él las bloqueó todas recortando por un par de callejones, aparcando cerca de la playa con diez minutos de diferencia.

—Mañana por la noche hay un cóctel en el hotel Millstone por la resolución del juicio de ayer —añadió, centrándose en la carrera—. No te extrañe venir por la tarde y ver a todo el mundo vestido de etiqueta.

Mío asintió, con cara de haber visto a un fantasma. Agarró el mango de la puerta y lo empujó. Chocó la rodilla sin querer contra la guantera, que se abrió mostrando una rendija. Ella no se dio ni cuenta y salió, asomándose después para decir adiós con un hilo de voz. En lugar de arrancar y marcharse, Caleb apagó el motor, sabiendo que volvería a asomarse.

Bingo. Mío rehízo sus pasos y encontró la ventanilla del copiloto bajada, esperándola.

—Entonces... ¿No estás celoso de Marc?

—No, Mío, no estoy celoso de Marc. Simplemente me cae mal.

Ella asintió.

—¿Algo más? —inquirió él.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

—No me has preguntado.

—Pero he mencionado a Aiko muchas veces y no me has corregido.

—Llega un momento en el que te cansas de que la gente asuma cuáles son tus sentimientos, y te limitas a darles la razón como a los locos.

—Pero les estás mintiendo.

—Yo no les miento. Ellos creen lo que quieren creer. De todos modos, no es una cuestión de vida o muerte, ni afecta al día a día de nadie. Así que, ¿para qué molestarme?

—A lo mejor sí hay gente a la que le afecta.

Los ojos de Caleb centellearon.

—En ese caso les convendría manifestarse, ¿no crees? Hazme caso, pecosa. Es muy molesto que actúen como si supieran lo que pasa en tu corazón, y los que lo hacen no suelen merecer la verdad.

Mío volvió a mover la cabeza en señal afirmativa. No estaba de acuerdo con él, pero al menos lo comprendía, y eso le bastaba. Sabía que tenía miles de preguntas acumuladas. Por desgracia, aún parecía morirse de ganas de encerrarse en casa para meditar al respecto. Aiko I tendría una reacción similar si llegaba a aceptar algún día que no amaba a su hija mayor.

La vio dirigirse con pasos erráticos al portal. Allí se paró a respirar antes de internarse en el edificio. Se había dejado el bolso en el asiento. Apuntó mentalmente devolvérselo al día siguiente.

Al alargar el brazo, se fijó en un borrón rojo entre el chaleco reflectante y otras cosas en la guantera, que se había abierto después del rodillazo. Con el ceño fruncido, tiró un poco más para descubrir qué había llamado la atención. Se le encogió el corazón al reconocer el tanga rojo que dejó allí olvidado, esperando el momento en que sería apropiado devolverlo.

Devolverlo... Como si hubiese o hubiera habido forma de hacerlo, cuando Mío ni se figuraría que eso estaba ahí. Como si se acordara de algo de lo que dijo o hizo el día que lo dejó a merced de un hombre que se moría por sus huesos.

Esa noche pensó en tirarlo a la basura, en quemarlo, en arrojarlo a la calle sin contemplaciones... pero ninguna idea habría hecho justicia a la prenda. Aquel tanga merecía algo mejor que el trato que su dueña le dio, y de algún modo, representaba unos supuestos sentimientos por Caleb que no quería olvidar. Sentimientos que no podía tomarse muy en serio porque Mío no tardó en cambiar de opinión, pero que le hicieron sentir único durante un instante y eran el vivo recordatorio de que debía luchar por ella. De que algún día se saldría con la suya; de que, en algún momento, conseguiría que se enamorase de él.

Caleb no las tocó. Nunca las tocó, salvo para meterlas allí y tener un sorpresivo encuentro con ellas cada cierto tiempo. Nunca sería tan asqueroso como para abrazarlas o usarlas como bola antiestrés, porque no significaban nada sexual, ni nada turbio. Significaban lo que quería de Mío: ser quien le quitase la ropa interior. Ganarse el derecho a guardarla en la mesilla de noche de su habitación.

Por desgracia, aún no estaban en el punto de seguridad que necesitaba para dar el paso. Suspiró, tenso, y arrancó de nuevo el coche... Pero no cerró la guantera, en una especie de reclamo. No aguantaría mucho más tiempo viviendo de las sobras.

## El momento perfecto no existe

### 9

De todos los escenarios que había imaginado... De todas las veces que soñó con ese momento, y de todas las posibilidades que tuvo al alcance de su mano para besarla, tuvo que elegir la peor. Años fantaseando, conspirando, calculando un plan, para plantarle un beso en un maldito baño, estando borracho y cabreado, después de que ella se portara como una cría.

No podía tomarse en serio ni él mismo.

Estaba que trinaba. Llevaba ya cuatro horas encerrado en el despacho, intentando concentrarse en las declaraciones, en los números; llamando a los contactos que Bruno le había brindado y anotando en su agenda todos los compromisos que iban surgiendo... en vano. No había manera física o mental de sacarle de la cabeza que todo se acababa de ir al carajo por su culpa. Besarla en esas circunstancias había ido contra sus principios, y podían llamarle calculador, perfeccionista o a lo mejor romántico, pero no se llevaba reprimiendo desde que tenía uso de razón para plantarle un beso olvidable que podría haber dado a cualquier desconocida en una discoteca.

Se llevó las manos a la cabeza por quinta vez. A esas alturas debía tener el pelo hecho un desastre. Qué más daba. Solo Jesse se atrevería a señalarlo con su acostumbrado descaro: ya lo hizo en cuanto coincidieron en la cocina de los asociados. Aprovechó también para recordarle que Mio le había dado un azote delante de Millstone. *Un jodido azote*. Estuvo escuchando las carcajadas de Jesse hasta bien entrada la mañana, y cada vez que se cruzaron tuvo que reprimir las lágrimas de hilaridad, el muy cabrón. Si no supiera que dentro de lo manipulable que era la pequeña Sandoval, hacía las cosas porque quería, habría estrangulado a ese desgraciado de Miranda por darle ideas. Porque sabía que fue cosa suya que Mio se hubiera acercado a marcar territorio.

Aunque Jesse no era el más importante. El resto de empleados tampoco lo eran; dentro de lo que cabía, le importaba un bledo que lo mirasen sorprendidos por lo que permitió a la nueva en la azotea del hotel Millstone. No entendían por qué no estaba despedida, y, francamente, él tampoco. Seguro que ni ella se lo explicaba, y no era que a Caleb le importase lo que ella estuviese pensando, sobre el azote o sobre el beso. Le era indiferente si aplaudía su impulsividad o se hacía la loca. Estaba tan enfadado consigo mismo que no tenía tiempo para pensar en hojas de dimisión y escándalos.

Dormir cuatro horas con la entropierna ardiendo no había ayudado. Le duraba la irritación de la noche anterior. Y si solo fuera irritación, podría tolerarlo, pero se mezclaba con una interminable lista de sentimientos contradictorios. Como la desgarradora necesidad de volver a besarla.

No la había estado ignorando toda la mañana para castigarla por su comportamiento, aunque fuese merecido. Ni para evitar murmuraciones. Ni para alimentar su vanidad con las miraditas que Mio le echaba cuando pensaba que no la veía, seguramente preguntándose a qué jugaba. La ignoraba porque estaba avergonzado en todos los sentidos. Avergonzado por no haber controlado el instinto y por no saber apartar a Mio de forma definitiva.

«Nadie te está obligando a estar aquí», había dicho.

Casi se murió de la risa. La risa histriónica de los locos.

A lo mejor no le obligaba con palabras, pero tenía otros métodos. Era más persuasiva de lo que pensaba. Era encantadora a su manera. Era una droga y no podía dejarla. Estaba encadenado a quienes consideraba su familia, y Mio formaba parte de ella. ¿Cómo iba a dejarla a su suerte? Ni

siquiera podía imaginarse despidiéndola. Tendrían que hacerlo por él, y Caleb se negaba a delegar tareas tan importantes en las que era un deber dar la cara. Además de que, después de dos semanas viéndola corretear por el pasillo, estrenar faldas e ir a molestarlo por placer, ya no quería volver a su rígida rutina en blanco y negro. Y tampoco quería volver a los tiempos en que no la había besado. A pesar de no haber sido el momento perfecto, llevaba todo el día reviviéndolo y recreándose.

Estaba borracho, pero no lo suficiente para olvidar cómo se sintió su dulce sabor, su piel suave; su conmovedora entrega. Ella lo besó de vuelta con la misma intensidad. Fue por él de manera agresiva. Incluso le mordió. Había abierto una pequeña llaga en el interior de su labio. No dejaba de repararla por la lengua, muerto por el morbo. Se ponía jodidamente cachondo de pensar en su esbelto cuerpecito apretado contra el suyo, en sus pezones duros, en sus débiles gemidos.

La gran pregunta era qué iba a hacer ahora. Porque al verla de espaldas cerca de la fotocopiadora industrial, lo único que se le ocurrió fue imprimir sus tetas en tamaño folio, separarle las piernas y follársela sin ningún aprecio. Y todas las veces que había entrado en su despacho desde entonces, quedándose unos segundos inmóvil por si mencionaba algo de la noche anterior, pensó que era un demonio por ponerse especialmente *sexy* cuando menos podía soportarla. Iba de secretaria, con una blusa sin mangas, escotada por delante y una falda de talle alto que no pertenecía a Aiko. Y lo sabía porque, aparte de sentarle como un guante, le pilló la etiqueta al hacer su provocativa andada hasta la salida. Si no hubiera tenido tanto autocontrol, se la habría arrancado con la boca.

Estaba volviéndose loco y era su culpa. Él, y solo él, había cerrado un capítulo para abrir otro, y no negaba que se moría de miedo. Si Mio empezaba a comportarse de forma extraña y, de últimas, decidía que no lo quería de esa manera, ¿cómo se presentaría en casa de Aiko I de nuevo? Tendría que renunciar a todo lo que tenía si Mio lo despreciaba. Sería tan doloroso el rechazo que no podría sentarse a su lado y fingir durante las reuniones familiares. Caleb adoraba a los Sandoval porque con ellos se sentía cómodo, él mismo, pero si proponía una relación, Mio aceptaba y al final acababa mal, perdería lo único que le hacía feliz de veras.

Sacudió la cabeza y se centró en marcar bien el número del enfermero que le quedaba para conseguir información relevante. Para colmo de males, los otros tres contactos que Bruno le facilitó no habían servido para nada. Uno de ellos hablaba bien del hospital, el segundo había muerto en las últimas setenta y dos horas a causa de un infarto, y el otro no aportó ninguna prueba.

Todo se estaba hundiendo. El fin del mundo caería sobre él y encima, le pillaría con una erección. Lo nunca visto.

—Buenos días, señor Reyes —saludó en cuanto respondieron a la llamada. Cambió enseguida de registro y se acomodó en la silla, ahuecándose el cuello de la camisa—. Soy Caleb Leighton, abogado de Bruno Marcello. Imagino que no le tomará por sorpresa esta llamada. El caballero le puso al tanto de que me comunicaría con usted.

El enfermero se llamaba Jonas Reyes y tenía ganas de hablar. Después de las correspondientes presentaciones y un intercambio rápido de cortesías sin importancia, Reyes comenzó su relato.

—*En realidad no he aceptado la llamada solo para ayudarle con lo que quiera que se traiga entre manos, sino por motivos personales. A mí me despidieron sin finiquito y sin los tres días de antelación, solo por encararme al supervisor por haber vuelto a amañar la elección de jefa de enfermeras.*

»*Verá, yo nunca he sobresalido como especialista, pero mi mujer era la más trabajadora, y también la única que sabía poner orden cuando los días de urgencias todo se desmadraba. La gente la adoraba, ¿sabe? Nadie dudó en poner su nombre en una papeleta cuando llegó el momento de elegir a la nueva jefa. En realidad es una chorrada, pero le hacía ilusión ascender y, como yo mismo venía sospechando, trucaron los resultados para que saliera la amiguita del director. Y no habría sido para tanto si esa Patrice hubiera sido eficiente, pero en muchos casos ha sido la culpable indirecta de algunos accidentes. Yo no soy un muchacho, tengo ya los cincuenta, pero Patrice es un dinosaurio y no puede supervisar en condiciones el trabajo de los demás...*

»*Después de eso, mi mujer se vino abajo, y yo empecé a investigar por qué diablos nunca cambiaban a la supervisora. Sigue siendo un hospital privado, si el director quiere colocar a sus familiares, está en su derecho. Pero nada de eso. Y de hecho, descubrí que los puestos de mayor rango los llevan ostentando los mismos desde que entraron*

*hasta esos días. Dos de los cirujanos generales tienen sesenta y ocho años, y uno de cardio pasa los setenta. No sé usted, pero yo no dejaría que me operase una momia con Párkinson. Lo que quiero decirle —continuó, cada vez más agitado—, es que parece que no ha pasado un inspector por la zona en años. Y es cierto que el porcentaje de vidas salvadas es mayor que el de vidas perdidas, pero si comparas con otros hospitales, este es un cementerio. Eso por no mencionar que las únicas cirugías que salen bien son las que se programan; las que se deben hacer por urgencia, rara vez siguen adelante. Y en cuanto a la organización...*

Alguien tocó a la puerta.

—Espere, señor Reyes —interrumpió, echándose hacia delante. Observó que Mio entraba con toda una serie de casos pendientes. Casi se mareó de pensar en todo lo que tenía que hacer—. Escuche... Ahora mismo debo encargarme de unos asuntos, pero si tuviera un momento libre para venir al bufete y profundizar sobre esto que me cuenta...

—Pues claro que tengo un momento libre, ¿no ve que me despidieron?

—Entonces venga esta misma mañana, o por la tarde; a la hora que le venga bien, no tengo compromisos fuera del despacho. —Eché un vistazo rápido a Mio, que en lugar de salir, se hacía la tonta pululando por las estanterías. Apretó un puño por debajo de la mesa. Quería hablar, maldición—. Hablaremos y perfilaremos su denuncia para que recupere su puesto o en última instancia le paguen lo que le deben. Pregunte por Leighton.

Colgó y apuntó a grandes rasgos la historia de Reyes. Las únicas cirugías que salían bien eran las programadas. No había rotación ni acceso a los puestos de mayor responsabilidad... Y no había mucho más. Nada más.

Con eso no podía ni empezar.

Apartó el bolígrafo y encaró a Mio, que seguía allí, cerca de la puerta.

—¿Necesitas algo?

—No. ¿Y tú?

Caleb se levantó lentamente, como si un movimiento brusco fuera a asustarla. Examinó a conciencia su expresión, por si acaso encontraba ultraje, o indignación, por no haberla hecho llamar en toda la mañana. Pero Mio estaba como siempre. Quizá un poco nerviosa, mordisqueando su colgante.

Iba a señalarle la puerta con amabilidad, cuando dio un paso torpe hacia delante.

—Bueno, en realidad sí que necesito algo —balbució. Se colocó un mechón de pelo tras la oreja; esa oreja pequeña y de soplillo que a Caleb le llevaba por la calle de la amargura—. Creo que sigues enfadado por lo que pasó ayer, y quiero pedirte perdón. Ya sabes, lo del azote. Lo he estado pensando y me he dado cuenta... Bueno, me di cuenta en el momento, pero ahora es como que he visto la luz, ¿sabes? Y no quería que pensaras que pretendía hacerte quedar mal, o embarrar tu reputación, o quién sabe qué. No sé por qué lo hice, fue un impulso, y... no tiene sentido que siga buscando excusas porque no las hay. Solo dime que lo has olvidado y que no debo darle más importancia.

Caleb relajó los hombros. Podía echarle otro sermón, pero no era ni su padre —ni pretendía serlo; era lo que le faltaba—, ni Mio funcionaba a través de reprimendas. Por desgracia, lo único que Mio entendía era que le gritasen y se enfadaran con ella, y no tenía fuerzas para eso.

—No sé de qué estás hablando —respondió con sutileza.

Ella pareció perder el hilo un segundo.

—¿Cómo? ¿No te acuerdas de nada? Jesse dijo que ibas borracho, p-pero no imaginaba que sería para tanto, y... —Cogió una bocanada de aire y lo expulsó después de abrazarse a los hombros. Al mirarlo a los ojos, parecía a punto de llorar—. Supongo que es bueno que no recuerdes eso, aunque...

—Era un decir, Mio. Me has pedido que dijera que lo había olvidado y eso he hecho. Claro que me acuerdo.

—¿De todo? —preguntó con timidez—. ¿Lo de después del azote... también?



Caleb disimuló la tensión manteniendo un gesto inescrutable. Solo asintió con la cabeza, esperando de corazón que no pretendiera continuar la conversación. Pero como siempre solía pasar, Mio tuvo que tirar de la manta.

—¿Por eso estás distante conmigo? ¿Por... lo que pasó?

—¿Distante? —repetió para ganar tiempo. Caleb lanzó un vistazo anhelante a la puerta cerrada. ¿Por qué no podía estar más cerca?

—De seis veces que nos hemos cruzado esta mañana, solo me has mirado una vez, y fue para darme los buenos días con un gesto de cabeza. No me has hecho llamar para traerte los informes cuando ayer me dijiste que los querías a las diez, y he aparecido a las once y media y no te has enfadado... ¿Es por eso, es porque me besaste? Y te besé, claro. Nos besamos.

«Y te *besaría* otra vez; añade esa conjugación».

Intentó sonar razonable al responder.

—Este no es lugar para discutir algo como eso.

—¿Y cuál es el lugar adecuado?

Mio dio una vuelta sobre sí misma, buscando algo en la habitación. Acabó señalando un armario.

—¿Qué tal ahí?

Caleb abrió la boca para contestar, pero Mio se adelantó y tiró de su chaqueta para meterlo en el interior. El armario estaba vacío porque lo adquirió hacía poco tiempo y aún tenía que levantar las baldas para el archivo, así que cupo sin ningún problema. Y ella también, aunque mucho más cerca de lo que le habría convenido. Quizá debiera haber comprado el grande, no el tamaño medio...

—No sé si me simpatiza meterme contigo en un armario.

—Espero que no sea por las connotaciones *gay*, no tienes derecho a tomártelo como un insulto. Como sea... Aquí seguro que no nos oyen. ¿Y bien? —insistió, mirándolo desde abajo—. ¿Es que... te arrepientes?

Controló la risa histérica a tiempo. Que si se arrepentía... Era una pregunta mucho más compleja de lo que ella podría imaginar. O comprender. Hasta él se perdía por la cantidad de direcciones en las que iban sus pensamientos, por la contradicción emocional en la que vivía. Sí que se arrepentía de haberlo hecho, porque lo hizo mal. Lo hizo rápido y se largó después. Porque no era así como quería que surgiera. Pero Mio no preguntaba por las circunstancias del beso, ni tampoco por el beso en sí mismo, sino por lo que significaba. Y a esa pregunta solo se podía dar una respuesta.

—No.

—Ah, vale —murmuró. Miró a un lado, a otro... Se miró las manos, y luego a él. Estaba tan nerviosa que no podía dejar de moverse, y era contagioso—. Bien. Me alegro. Yo tampoco.

Caleb tragó saliva muy despacio, como si eso fuera a ponerle el corazón en su lugar.

—Vale.

—Entonces no te parece que haya sido un error —siguió, aguantando su mirada con pánico. Mio temía a su respuesta tanto como él temía a la verdad oculta tras sus propios recelos. Claro que era un error, se decía, pero detrás del error estaba la bienvenida—. Ni me vas a decir que lo hiciste porque estabas borracho, o porque te aburrías... O porque querías darme una lección.

—Tienes que dejar de leerte los libros de Aiko. Los hombres reales no justificamos nuestros actos en gilipolleces.

—¿Y en qué los justificáis?

—En este caso... En que queremos hacerlo.

Después de soltarlo, intentó respirar sin llenarse los pulmones del perfume de Mio. Imposible. Ya debía habersele pegado a la chaqueta, a la camisa y a la piel.

«Nos justificamos en que queremos hacerlo». Era una media verdad. Porque en realidad se justificaba en que la quería, la necesitaba, estaba loco por su boca y se moría con cada pintalabios que sacaba.

—¿Te gusto? —preguntó de golpe. Caleb por poco retrocedió—. Quiero decir... No te pregunto si te gusto *gusto*, si te gusto *en serio*, como para que me añadas como contacto en WhatsApp con un nombre romántico o para que me lleves a tu casa y me enseñes a usar la vitrocerámica, sino como... un cuerpo. Ya sabes, si te gusto como para que me des otro beso.

»Bueno, espera, me he precipitado. Vayamos por partes. —Inspiró, levantó el pecho hacia el techo, y lo miró con decisión—. No te arrepientes ni ha sido un error, pero ¿te gustó el beso?

«Casi me corro encima, nada del otro mundo».

—No estuvo mal —respondió con desenfado—. Sí, me gustó.

—Vale... —Carraspeó. La vio entrelazar los dedos de las manos y dejarlos en el regazo, como si fuera a dar un discurso político—. ¿Te suelen gustar normalmente los besos de la gente? Me explico: hay muchos hombres a los que les da igual a quién besar, o con quién meterse en la cama, y no es que quiera ofenderte sugiriendo que eres uno de ellos, pero me gustaría estar segura de que no vas por ahí tirándote a cualquiera.

Caleb se sentía como si estuvieran haciéndole un *test* con preguntas trampa.

—No, no me tiro a cualquiera. Soy bastante exquisito en ese aspecto.

—Vale. Y ahora: ¿te gusto? —repitió. Abrió la puerta del armario para que entrara más luz, y se puso una mano en la cadera. Con la otra se tocó el vientre plano y la cadera. Al rozarse un pecho, Caleb contuvo el aliento—. Esto, digo. No hablo de mi personalidad, sino de... pues eso. Todo lo que estás viendo.

«Nena, me gusta sobre todo lo que no se te ve. Puedes interpretarlo como quieras».

—Sí.

—Podrías mostrar un poco de entusiasmo —protestó. Se arrepintió enseguida, cambiando el ceño fruncido por un rubor adorable que le prendió las pecas como pequeñas bengalas—. Da igual, p-perdón, encima que te estoy robando tiempo de trabajo... Pues es que he estado pensando en el beso porque como dices... No estuvo mal, fue bien. —Asintió repetidas veces con la mirada perdida, intentando convencerse de algo—. Y creo que deberíamos hacerlo más a menudo, ¿sabes? No en el trabajo, claro, pero... Ser amigos, casi familiares y también compañeros de trabajo, y luego acostarnos. O sea, no suena mal, ¿no? —continuó, hablando cada vez más rápido—. Porque si yo te gusto y tú me gustas, porque en fin, estás muy bueno, eh... Creo que podría funcionar, tú me entiendes.

»Me estoy explicando fatal —gimoteó—. Solo quería que supieras que si te apetece repetir, pues... Yo ando por aquí. De ocho a una y de cuatro a siete —puntualizó. Caleb abrió la boca, solo para exteriorizar su asombro. Ella se apresuró a cubrirsela con una mano—. ¡No digas nada todavía! Tienes *toooooo* el día para pensarlo, no hace falta que me respondas ahora mismo. Tú solo... medítalo, ¿vale?

Mio sonrió con el miedo grabado en los ojos y empujó la puerta del armario entornado. Se pasó la mano por la mejilla, dudosa, y antes de salir decidió robarle un beso en los labios a Caleb. Rápido, casto y también suave... Él cerró los ojos involuntariamente, deseando que se quedara un poco más porque estaba demasiado en *shock* para retenerla y prolongarlo tanto como quería. Y, como si ella le hubiera leído el pensamiento, permaneció allí quieta, con los brazos apretados contra el pecho y las bocas juntas esperando nueva orden. Se separó con la misma torpeza con la que se había acercado, y se escabulló antes de que Caleb pudiera decir nada.

Estaba loca. Como una cabra. Desquiciada. Demente. Desequilibrada. Chiflada. Majara. Perturbada. Tarada. Había perdido la cabeza. La chaveta. Estaba mal de la azotea. ¿Cuántos más sinónimos existían para resumir que el dios de los lunáticos había vuelto a elegirla para profetizar sus credos? Por el amor al cielo, ¿cuánto más tiempo tendría que permanecer bajo su mando? Porque sugerirle a Caleb que empezasen a acostarse como quien no quería la cosa había sido excesivo incluso para ella.

Se suponía que el hecho de haber trazado el plan la eximiría de remordimientos, pero todo lo contrario. Eso solo reafirmaba que estaba aún peor de la cabeza de lo que pensaba. Había entrado en el despacho de Caleb muy convencida de que, si él se acordaba y no se arrepentía, se plantaría y le pediría ser su conejillo de indias en el noble arte del sexo sin compromiso. Mío nunca había hecho eso, y si era cierto que Caleb no repetía —tal y como Jesse aseguraba—, probablemente tampoco. Vamos, que eran los dos marineros a la deriva del barco del amor... Solo que sin amor. Bueno, sí había amor, pero solo por su parte. Ella soplabla sobre las velas para que anduviese.

Metáforas aparte... No le pareció tan estúpido cuando intrigaba sobre las instancias que quedaban por redactar. Parecía lógico y todo. Dos personas que se atraían, se acostaban. Uno más uno, dos. Pero cuando tuvo que ponerle voz, lo único que hizo fue chapurrear tonterías, y Caleb se puso tan tenso que solo pudo salir corriendo.

¿En qué estaba pensando? Nunca pensó que se dejaría llevar por sus necesidades primarias para destrozar del todo su relación con Caleb. Estaba convencida de que, en cuanto se cruzaran en la oficina —y ocurriría muchas veces, porque quedaban horas y horas de jornada—, Caleb le metería el sobre con el finiquito en el bolso. Muy merecidamente. Una cosa era divulgar rumores, y otra cosa hacerlos realidad. Aunque si Cal se ponía obtuso, podría apelar a eso. «Lo dije porque si confirmábamos el rumor, ya no tendríamos el peso de estar mintiendo encima».

—¿Te encuentras bien? —preguntó Julie, poniéndole una mano en la espalda—. ¿Necesitas ayuda con la cafetera? A veces no va y hay que darle un par de golpecitos en la base.

Ella sí que necesitaba un par de golpecitos en la base.

Se giró para agradecerle a Julie que se pusiera a cargo de la dichosa máquina. No asimiló que era realmente Julie, Julissa Janet Jones, la mujer que empujó a los brazos de Caleb, hasta que intercambió una mirada con ella. Por lo que pudo entender a simple vista, todo apuntaba a que presenció el azote y lo que vino después: Caleb arrastrándola a un baño del que salió con los labios pintados.

—Lo siento muchísimo —murmuró, sin saber qué otra cosa decir. Julie pareció sorprendida al principio, pero enseguida se repuso y sonrió con afectación.

—No pasa nada. En realidad no iba a hacerte caso, reconozco a un hombre interesado cuando lo veo, y aunque a Leighton se le dé bien fingir... Contigo no le sale tan bien. Me alegro por vosotros.

Julie se marchó antes de que Mío dijera nada, desmintiendo el mito urbano de que las mujeres competían entre ellas. Por supuesto que debían existir algunas que sí lo hicieran; de algo habrían sacado el estereotipo de las comedias románticas que le habían freído el cerebro, tanto a ella como a su hermana... Pero Julie no formaba parte del club, y por el momento no se había topado con ninguna. Tal vez eso fuera madurar. No, tal vez no. *Era madurar*, sin condicionales: aceptar la derrota con deportividad, sin comportamientos infantiles, ni azotes, ni historias falsas de por medio, y seguir adelante con dignidad. Ya podría ella tomar nota.

Mío se hizo bola en una esquina de la cocina y se bebió el café a sorbitos. Seguía sin gustarle, no sabía por qué diablos lo tomaba. Por moda, suponía. Porque la ayudaba a mantenerse despierta. Porque era mucho mejor eso que encontrarse con Caleb, y ese espacio estaba reservado a los pasantes y asociados, por mucho que Julie se colara para birlarles la miel y hacer vida social.

No se movió de allí hasta que la avisaron de que su teléfono estaba sonando. Después de eso, estuvo yendo por el bufete como un alma en pena, trasladando tochos de folios a un despacho y a otro, ayudando a restaurar el sistema de un ordenador —hacía falta, y con urgencia, un especialista

informático—, conversando con el único secretario masculino que había en toda la firma, y... En general, permitiendo que el inminente final de su relación con Caleb la carcomiese, porque era evidente que llegaría. Un hombre que había estado enamorado de Aiko, que se había acostado con alguien maduro e inteligente como Julie y que era amigo y amante de Natasha Markham, una de las mujeres más guapas del mundo, no perdería su tiempo con ella. Era pura lógica. Los hombres atractivos se juntaban con sus equivalentes atractivos, y de ahí solo surgían personas más atractivas, solo había que mirar a la familia Kravitz, o a los Pitt-Jolie.

Dos palabras para definir aquella horrible media mañana: desbarajuste emocional. Hasta que llegó un correo a su bandeja de entrada y por poco escupió el corazón.

**De:** Caleb Leighton

**Para:** Mio Sandoval

**Asunto:** *Urgente*

*Ven a la sala de reuniones.*

¿A la sala de reuniones? ¿De verdad iban a tratarlo con tanta diplomacia? Prefería que escribiera «NO» en una esquina de papel y la pasara por debajo de su puerta, o que mandara a Jesse a hacer el rechazo más llevadero. Mio no era una de esas personas que se indignaban si no terminaban con ellas en condiciones —mirándolas a la cara y siendo honestos—: le parecía bien cualquier medio. Pero no podía pedirle a Caleb que fuera un infantil simplemente poniendo el pulgar hacia abajo, como si fuera el jurado de una pelea de gladiadores en época romana. Era Caleb. Se marcaría un discurso sobre las responsabilidades con la familia, la madurez y todos esos tópicos que se notaba que eran sus preferidos, y luego le diría que no.

Un no tajante.

Mio se dirigió allí como si fuese un cerdo camino al matadero. La comparación no iba tan lejos. Sudaba daba como uno, y sin duda la mataría. Ya vivió un rechazo de Caleb: «no, Mio, no me quieres». Claro, como si él pudiera saber lo que había o no en su corazón. De todos modos, ese fue soportable porque estaba borracha, lo había cabreado y... en fin, a lo mejor intentaba usar la terapia de la repetición o cualquier otra aplicación psicológica para convencerla de que no estaba enamorada para facilitarle el proceso de olvido.

«Bueno, chico, pues no te salió muy bien».

El caso era que no podría vivir otra negativa, y menos mirándolo a la cara.

Cuando llegó, observó que no estaba solo. Aparte de que a Caleb siempre le acompañase la belleza sobrenatural, el atractivo demoledor y el macizorrismo en general, un hombre de mediana edad tomaba asiento frente a él. Mio estaba tan nerviosa que le dio cientos de locas interpretaciones al momento: el hombre era el abogado que expediría el contrato de confidencialidad en el que pondría, claramente, que no podía comportarse como una estúpida. Quizá hubiera otra cláusula específica de cosas que *no* harían en la cama, y se preguntó qué disgustaría a Caleb en ese aspecto. ¿Qué opinión tendría sobre las cuerdas y el sadomasoquismo? Su fijación (mutua) por los azotes debía tener algún trasfondo. Tal vez le iba jugar duro... De ser así, estaba preparada para recibir al señor Grey en cualquier aspecto, y en cualquier orificio.

Si no, a lo mejor el hombre estaba incluido en el acuerdo de sexo sin compromiso. ¿Le irían los tríos a Caleb? ¿Le gustaría verlo con otro tío en faena? Sí, claro que sí, aunque lo prefería para ella sola. Para empezar, al menos. Luego que hiciera lo que quisiera. El tipo no era muy guapo, pero a nadie le disgustaba un latino. Increíble mezcla de culturas, la descendiente japonesa en medio de un canadiense y un colombiano —por decir algo— haciendo un sándwich perfecto.

—Sandoval, siéntese aquí —dijo Caleb, mirándola con cara de «qué coño haces ahí parada».

Mio obedeció.

«Sandoval, siéntese aquí». Su apellido no era el más bonito del mundo, y no le gustaba que la llamaran así porque le recordaba a ese profesor de laboratorio que no paraba de mirarle las piernas.

En Caleb, como pasaba con todo, sonaba distinto. Severo y sexy. Si no hubiera un desconocido mirando, se habría sentado en su regazo.

«Ups... Culpa tuya, haber especificado qué es eso de *aquí*».

—Este es Jonas Reyes, antiguo enfermero de Kendall West Hospital. Voy a tomarle declaración respecto a nuestro caso —explicó. Le alargó un MacBook Air y levantó la tapa—. Intenta anotar todo lo que diga, lo consideres importante o no.

—¿Y por qué no ponemos la grabadora?

Enseguida se arrepintió. No debía discutir sus órdenes, ¿no? O de lo contrario se consideraría osadía... Claro que no era nada nuevo, Mio era osada todo el tiempo, tendría que estar acostumbrado.

—Porque no tengo tiempo y se pierde mucho más escuchando un audio de media hora que leyendo una declaración —respondió sin mirarla—. No interrumpa y teclee.

Mio obedeció mordiéndose el labio. Saludó al señor Reyes con un asentimiento de cabeza, aunque el hombre insistió en estrecharle la mano, y clavó los ojos en la pantalla. No se podía ser más tonta. Ella pensando en contratos sádicos y el hombre estaba allí por el hospital. Y Caleb la había llamado por el hospital, igual que la incluyó en el caso para que este no peligrase, no porque le interesara su ayuda. Debía tener eso muy presente.

Aunque entendía su perseverancia y seriedad como algo bueno, una parte de ella se rebelaba ante el asunto. Primero, porque no se lo contaba a Aiko por los aspectos turbios que había detrás. No le gustaba mentir a su hermana. Y en segundo lugar, porque le recordaba que ella no era tan importante. Esto lo tenía tan interiorizado que ni dolía, pero a veces se ponía melancólica. Darse cuenta de que nada era tan importante para ella como Caleb, mientras que Caleb estaba inmerso en cientos de cosas mucho más interesantes y necesarias en su día a día que una loca con nombre de pila raro, no era plato de buen gusto. Sus prioridades no coincidían, porque el mundo de Caleb era amplio, lleno de detalles, personas y responsabilidades, y el mundo de Mio... era Caleb.

Aun y con todo, eso seguía sin ser lo problemático. En toda relación había siempre uno que quería más. Lo que le dio que pensar fue que todo el mundo tenía su interés, su vocación, su forma de vida, y ella... Ella iba dando tumbos, enamorándose cada día de una afición distinta para, al final, no sentir verdadera pasión al desempeñarla. Intentaba poner en práctica sus famosos bloqueos mentales cada vez que las dudas le asaltaban, y así se convencía de que todo estaba bien... Pero cuando Caleb estaba cerca, sus murallas saltaban por los aires: tan poco le costaba enviarla de cabeza a las dudas sentimentales. Cal era única certeza que tenía, lo único que la apasionaba; a su lado todo empequeñecía. Por eso era el medidor, lo que determinaba si una afición o una relación eran tan valiosas como se planteaba al principio. Imaginaba que por eso acababa dejándolo todo y a todos, porque comparado con Caleb, nada era tan importante, o interesante, o curioso.

¿Por qué no podía ser como los demás? Aiko amaba el Derecho, Caleb amaba el Derecho, Jesse amaba el Derecho, Marc amaba el Derecho —o por lo menos se amaba a sí mismo—... Y ella amaba a Caleb. Se había visto en el espejo al volver a casa después del beso, y tenía la misma expresión de ilusión y felicidad que llenaba a su hermana cuando ganaba un caso. Pero Caleb no podía ser su vocación. Debía encontrar algo que la emocionase tanto como un beso suyo.

Estaba perdida en sus pensamientos cuando se percató de que Reyes ya había empezado a hablar. Sacudió la cabeza y se puso a teclear, alegrándose como nunca de haber tomado aquel curso de máquina de escribir.

El tipo hablaba tan rápido como Jesse.

—Si lo que necesitas es más gente para notificar movimientos raros, no podré conseguirte mucha porque me largué dando un portazo, pero por lo menos podría conseguirte a un par. Yo estaba muy pendiente de mi trabajo, por eso no me coscaba de lo que pasaba dentro o fuera, y si echo la vista atrás... Me doy cuenta de que eran pocas cosas las que se reportaban.

»Una mujer vino a quejarse durante mi turno porque el recepcionista le había insistido en que no tenían hoja de reclamaciones, cuando casi todos los hospitales cuentan con su apartado de quejas.

Estaba como loca, no dejaba de repetir que iría al tribunal a presentar una denuncia formal. No volví a saber de ella, supongo que porque el propietario se hizo cargo y la convenció de olvidarse. Por lo que sé, eso sucedió unas cuantas veces. Mi mujer me contó algo similar, y un par de colegas de entonces también tuvieron que aplacar varias protestas. Oí por ahí que el encargado les indemnizaba económicamente a cambio de, ya sabe...

—Soborno —acotó Caleb.

—Puede ser. Aparte, creo que es un hospital bastante apático, que no tiene realmente el deseo de ayudar a los demás. Un día que uno de los auxiliares de ambulancia enfermó, me pusieron detrás con todo el equipo. Fue una noche movida porque nos llamaron dos veces, pero la segunda... Nos quedamos sin gasolina a un par de cuadras del hospital. El paciente iba a morir si no llegaba pronto, así que me asusté y decidí llevarlo yo mismo.

»Sé que fui contra las reglas y que es peligroso sacar a un hombre herido en camilla y trasladarlo por dos calles hasta urgencias, pero de no haber sido por mí, habría muerto. Por eso me inhabilitaron durante dos semanas —recordó con amargura—. ¡A mí, y no al que no revisó el tanque de gasolina, ni al que tardó diez minutos en llamar a otra ambulancia para transportarlo!

Mio se fijó en que Caleb no anotaba nada, a diferencia de Aiko. Había ido varias veces con su hermana a hacer interrogatorios y charlar con los clientes para hacerse una idea de cómo era el trabajo, y la había visto anotar palabras concretas, unirlas y sacar conclusiones mirando el papel, además de sus famosas pegatinas. Caleb debía hacer lo mismo, solo que mentalmente. Su hermana era un genio deduciendo a partir de cuatro garabatos, y él casi que se estudiaba de memoria la conversación... Y luego estaba ella, que iba a una habitación en busca de algo y se olvidaba de qué era al llegar. Hasta hacía listas de la compra cuando solo necesitaba pensar para el pájaro y un *brik* de leche.

«Ya vale con la autocompasión, tampoco eres un monstruo. Siempre podría ser peor».

La conversación duró menos de lo que pensaba, pero fue interesante... para Caleb. A Mio le parecían una serie de quejas hacia una institución que lo había echado de mala manera, exageradas adrede para quedar como la víctima. Y quizás lo fuese, pero le dio la sensación de que como prueba le quedaba mucho que madurar: solo eran datos inconexos que Caleb intentaba cuadrar en su cabeza, o eso dedujo Mio al escrutar su rostro en busca de un veredicto.

Después de hablar de generalidades, se metieron en las singularidades del trato a Reyes como trabajador, y al motivo de su despido. Mio dejó de teclear y escuchó intentando poner toda su atención, pero le pasó como en la universidad: atendía forzando una ilusión que no sentía, porque aquello no le daba ninguna curiosidad, y al final no captaba ni la mitad de la exposición. Se dijo que debía ser porque el caso concreto de Reyes y su despido improcedente no era el más interesante, y que cuando tuviera uno para ella menos simple, se motivaría y sacaría a la abogada que llevaba dentro.

Cuarenta y cinco minutos después, con el culo acarpetado y unas tremendas ganas de echarse a dormir, se levantaron, despidieron y volvieron a sus puestos. Caleb le hizo una señal para que lo siguiera al despacho, seguro que para echarle la bronca por haberle vacilado delante del cliente.

«Mio, no es tan difícil callarse un ratito».

Suspiró y cerró la puerta tras ella al entrar. Caleb se acomodó en el asiento, señal de que las recriminaciones irían para largo. Ahora que lo pensaba, a lo mejor había bostezado un par de veces durante la charla...

—Ahora revisaré lo que has escrito. Espero que no haya nada raro.

—Eso espero yo también.

Caleb se quedó en silencio un momento.

—Mio, tienes que entender que esto... —Hizo un gesto para abarcar la distancia que los separaba—, es importante para mí. No puedo permitir que fracase, porque todo lo que lo rodea, lo que *nos rodea*, es lo único que hay de valor en mi vida.

—Lo sé, lo entiendo. Lo estoy haciendo lo mejor que puedo.

—Pues vas a tener que hacerlo mejor que eso. Mucho mejor. Porque no voy a tolerar un solo comportamiento infantil. Tú lo propusiste, tú te has ofrecido: ahora no puedes cambiar de opinión, ¿entiendes?

Mio asintió muy rápido.

—Perfectamente. Lo hago porque me importas, y eso no va a cambiar nunca.

—Te lo repito: tienes que estar muy segura. Hay muchas cosas en juego que serán irreversibles si se jode. Y digo «si se jode» y no «si lo jodes» porque sé que yo también podría equivocarme en un momento dado. No soy la persona del año, ni el hombre perfecto. Ten por seguro que si hiciera algo mal, asumiría mi error y te pediría disculpas.

—Claro, yo también. Se me da bien pedir perdón.

—Desde luego. Pero no se trata de ser bueno con las disculpas, sino de evitar las situaciones en las que hay que pedir las.

—Sí, tienes razón.

Silencio. Apartó la silla del borde del escritorio y se puso de pie, sin dejar de mirarla. Mio sintió extraña siendo objeto de esa mirada tan intensa, llena de todas las esperanzas que nunca habían depositado en ella por ser incapaz de cumplirlas. La melodía roquera que venía del despacho de Jesse le dio un toque casi humorístico a la situación.

—Da igual que la gente sospeche —continuó. Se acercó a ella paso a paso, tensando el aire—, no vas a ir gritándolo a los cuatro vientos. No quiero que Aiko lo sepa.

—Ya, no se lo he contado. Puedes confiar en mí.

—No voy a permitir que me mandes a la mierda cuando te dé la gana. La primera vez que lo hagas o me conviertas en la causa de tus escándalos o tus frustraciones, me largaré sin mirar atrás. ¿Ha quedado claro?

—Sí, me ha quedado claro. Lo que no entiendo es qué tiene que ver esto con el caso del hospital. Parece un ultimátum, o un aviso... ¿No habíamos hablado ya de esto cuando lo descubrí?

Caleb frunció el ceño.

—¿A qué viene lo de...?

Se cortó él mismo, como si acabara de darse cuenta de algo importante.

—Ah. Creías que estaba hablando del caso.

—De eso iba el discurso, ¿no? —preguntó, confusa.

—Sí, sí, claro. Estaba hablando del caso —accedió enseguida. Se rascó la nuca, visiblemente confundido. La falta de seguridad le duró una fracción de segundo. Solo poniendo recta la espalda recuperó el talante severo y firme—. También quería hablarte de lo que me has dicho esta mañana en el armario.

Mio sintió que se mareaba. Miró de reojo la puerta; estaba mucho más lejos que Caleb, así que si intentaba huir de sus decisiones, él la agarraría. No le gustaba que lo dejaran con la palabra en la boca.

—Sobre eso... —balbució, mirándolo con horror—. Puede que me precipitara y... No es que haya mentido, porque pienso todo lo que dije, y sobre todo, siento todo lo que dije, pero... A lo mejor no es conveniente.

La mirada de Caleb se oscureció.

—¿Te estás echando atrás?

Esperanza. El tono entre duro y vacilante de Cal le dio esperanza.

—Depende. Si me vas a decir que no, sí.

La mueca que compuso, se la arrebató tan rápido como la sintió.

—¿Qué infantilería es esa? Si haces una propuesta de ese tipo, se supone que es porque estás preparada para el rechazo, igual que para la aceptación. No sé de qué me sorprende —bufó—. Mio Sandoval cambiando de opinión en el mismo día.

»¿Cuánto te ha durado la convicción de que me quieres para ti? —Eché un vistazo desganado al reloj de pared sobre sus cabezas—. Unas... cuatro horas y media. Creo que has marcado un nuevo récord.

—No he cambiado de opinión —replicó, apretando los puños—. Pero no quiero que me rechaces y sé que es lo que vas a hacer, así que tengo el deber de proteger mi dignidad. Que no tengo mucho de eso, ya veo venir que esa iba a ser tu respuesta...

—Ah, ¿sí? ¿Esa iba a ser mi respuesta? ¿Suelo denigrarte muy a menudo por no tener dignidad, Mio? Porque no me acuerdo de una sola vez en la que te haya animado a pensar que no mereces la pena.

—¿Y qué hay de la noche en que viniste a por mí al bar, cuando suspendí el examen?

—¿Ahí te estaba denigrando? Creo que te cuesta mucho diferenciar entre que te insulten y te digan las cosas como son. Si te pareció denigrante que te soltara que esos tipos pretendían violarte y te estabas exponiendo sacándote las bragas en un local, debe ser porque tu actitud contigo misma era, en efecto, denigrante, y no te diste cuenta hasta que te lo señalé. Yo me cabreo porque me pones en ridículo o te valoras poco, pero no te he faltado el respeto en la vida. Y no voy a permitir que lo pienses, porque es injusto, y es falso.

Mio se mordió el labio. Más que mosqueado por la acusación, parecía dolido. Increíblemente, como si no se lo creyera.

—Vale, lo siento...

—No, no quiero que me digas que «vale» o que lo sientes. ¿Eso es lo que piensas de mí?

—No. O sea, no eres la persona más agradable del mundo, pero porque no eres una persona agradable a secas. No pienso que me trates mal, ni que no merezca que me pares los pies cuando estoy haciendo una estupidez. Solo quiero que entiendas mi postura. Tu rechazo sería lo que me faltaba y debo protegerme.

—Y si tan segura estabas de que te iba a rechazar, ¿para qué propones nada?

—¿Por qué no dejas de alargar esta agonía y me dices que no? Así podré irme a casa tranquilamente.

El semblante de Caleb se endureció, lo que ella se tomó como una forma de obligarla a responder.

—Lo propuse porque tenía que arriesgarme, ¿vale? Pensé que merecía la pena después de que tomaras la iniciativa la otra noche. Pero luego me acordé de que te acuestas con modelos de *Victoria's Secret* y que nunca repites y pensé que no había tenido en cuenta tus preferencias, ni tu forma de vida. Me pudo la ilusión y luego recordé que un beso no hace magia, ni cambia a las personas.

—Entonces te estás echando atrás —resumió secamente.

—¿Qué quieres? ¿Que me arrodille y te lo repita suplicando? Te he hecho una pregunta y sigues sin responder, y ahora te enfadas porque quiero retirarlo antes de que me digas «lo siento, eres muy poco para mí».

—¿Que eres muy poco para mí? ¿De verdad crees que me tengo en tan alto concepto?

«Más bien yo me tengo en bajo concepto».

Apretó los puños, el estómago, los labios y todo lo que se podía crispar de tensión, y luego se relajó para soltarlo de nuevo.

Mio lo miró directamente a los ojos.

—¿Quieres estar conmigo, o no?



—¿Cuánto tiempo va a estar disponible la oferta antes de que vuelvas a retirarla? ¿Quince minutos?

—Toda la vida desde luego que no, ya bastante tiempo te he esperado —respondió en tono marchito—. Vamos, no es tan difícil decir que sí o que no.

—Por fin estamos de acuerdo en algo, tú y yo. Es tan fácil como saber si sí o si no. ¿Tú estás segura de que esto es lo que quieres, o lo dices porque te gustó el beso como podría haberte gustado besar a Jesse, a Ronnie o a cualquier otro?

A Mio le entró la risa tonta.

¿Qué si estaba segura? Era como preguntarle a Garfield si le gustaba la lasaña, o a *La Bella Durmiente* si quería seguir en la cama cinco minutitos más, o a Otto si aprovecharía los descuentos en *Jimmy Choo* para comprarse dos pares de zapatos por el precio de uno. La segunda pregunta era más concreta, y Mio estaba dispuesta a decir la verdad: que aunque el beso hubiera sido una basura, lo habría elegido a él. Pero Caleb pareció arrepentirse de su curiosidad, porque la interrumpió antes de que pudiera decir nada.

—Sí quiero estar contigo.

Mio dejó de reírse y lo miró como si... Como si nada, no había comparación disponible en esos momentos. Su cabeza era una hoja en blanco.

—¿Qué? ¿Has dicho que sí?

—Sí. Y, si quieres, lo digo otra vez.

«Por favor y gracias».

—Has dicho... que sí —balbució. Dio un paso hacia atrás, sintiéndose de repente demasiado pequeña y torpe como para estar delante de un hombre enorme—. ¿Y qué significa eso? ¿Qué vamos a hacer ahora?

Caleb metió las manos en los bolsillos del pantalón y la miró sin agachar la cabeza, entornando los ojos. Aun siendo una fina línea verde, la atravesaron con su intensidad.

—Hay muchísimas opciones. Es cuestión de explorarlas y elegir la que más nos guste para empezar.

Mio siguió retrocediendo. Había dicho que sí. Sí. Sí a ser... *follamigos*, *besamantes*, novios de la noche, aliados del placer. Miles de sobrenombres para llegar a una sola verdad: lo tenía para ella sola. *Por fin*. Tanto tiempo esperando, tantos años, casi dos décadas soñando, envenenándose con fantasías, poniendo su cara a otros. Y, de repente, ya estaba.

Piernas largas y fuertes, cintura estrecha, hombros amplios y espalda ancha. Solo un pie suyo era tres veces el de ella. Un metro noventa y cinco de piel morena y ojazos verdes. Un hombre que sabía lo que hacía, *sexy* y seguro de sí mismo...

Para ella.

«Joder».

—¿Así de fácil? —preguntó con un hilo de voz.

—¿Esperabas trámites burocráticos? ¿Resistencia por mi parte?

—Un poco de lo segundo, la verdad.

Él sonrió en un gesto de superioridad terriblemente erótico que conjugaba a su vez la rendición. Su corazón latió desahogado.

—La verdad es que para mí ya es bastante difícil, pero si quieres complicarlo vas a tener que poner tú los obstáculos. Por ahora...

Caminó hacia ella, decidido.

Mio se tropezó intentando llegar a la puerta al escapar.

—Por ahora, ¿qué?

—Tendremos que cerrar el pacto en condiciones, ¿no?

—¿Qué? ¿Cómo que «cerrar el pacto»? Que esto no es la guerra de los treinta años... Es muy precipitado. Yo...

Le sudaban tanto las palmas que no podía agarrar el pomo para abrirla.

—No estoy preparada ahora mismo para que me toques. Antes debo...

«Confesarme. Gritar un poco. Correr y saltar. Y depilarme, claro, sobre todo depilarme».

—Debo pensar.

—¿Pensar?

—Sí, pensar un poco. Tú también deberías hacerlo. —Lo señaló con un dedo tembloroso. Dio un respingo al ver que se acercaba—. Eh, quieto *parao* ahí. —Puso la mano abierta delante de sus narices. Caleb sonrió; al muy simplón le hacía gracia que le saliera el acento andaluz de su abuelo paterno—. Que ahora seamos lo que somos no significa que vaya a ser cuando y como tú quieras... Me tienes que respetar.

—Yo te respeto —murmuró él, con cierto deje erótico. Pasó un dedo por el lateral de su cuello, arrancándole un gemido de placer—. Te respeto profundamente.

Mio carraspeó.

—Pues haz que lo parezca. Si crees que esto va a ser como cogerme de la mano y llevarme a tu casa, y... ponerte a lo tuyo, pues no. Yo necesito que me preparen un poco, no puedo ir ahí a lo loco...

Dejó de hablar cuando Caleb le puso un dedo en el primer botón cerrado del escote. Todas sus alarmas saltaron al notar cómo lo desabrochaba.

—Ay, Dios, ¡que no hagas eso! Necesito... Necesito estar tranquila y relajada, ahora voy a vomitarte encima, así que aléjate de mí.

Caleb se mordió el labio, seguramente para no reírse en su cara.

—¿Qué significa eso? ¿Tengo que esperar a que te acerques tú?

—No. Significa que no te lo voy a poner fácil. Yo necesito que me cortejen un poquito, que me hagan querer meterme en la cama, no que me tiren de las bragas en medio de la sala de reuniones.

«Pero ¿qué coño dices? ¡Si llevas metida en su cama diez años, aunque fuera mentalmente! ¡Te sabes de memoria todos sus juegos de sábanas ficticios!»

—Entiendo.

—Pues eso. Seducción, como en los libros. Espontaneidad, gestos bonitos... —Movi6 la mano—. Todo eso.

Caleb chasqueó la lengua.

—Y yo que pensaba que me propusiste esto porque te da igual cómo, cuándo y dónde te desnude... Qué crédulo soy.

Mio se planteó, con toda seriedad, sacarse la blusa como Lobezn0, de un tirón brusco y con un grito liberador, y tirarse encima de él con las piernas abiertas. Pero no lo hizo, porque seguía viéndose capaz de vomitar de tan nerviosa que estaba.

Histérica. Más que nunca.

Había dicho que sí. No necesitaba un beso para creerlo, sino un buen puñetazo.

Había dicho que sí.

Sí. Sí.

Por fin consiguió abrir la puerta y escabullirse con los tobillos tan flojos que no se cayó de pura chiripa. Se arrastró hasta su despacho —el de su hermana— y cerró la puerta con llave, como si de verdad corriera algún riesgo que no estuviera dispuesta a asumir con ilusión. Dios, ahora entendía muy bien aquella frase que decía «cuidado con lo que deseas».

No tenía ni idea de que cumplir un sueño era tan terrorífico como la idea de no llegar a alcanzarlo nunca.